

LA CARTERA

CUBANA.

MAYO.-1839.

SECCION PRIMERA. CIENCIAS.

CONSTITUCION MEDICA PRECEDIDA DE OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.

MES DE MARZO.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
Días.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27 p. 90	27 p. 83	27 p. 82	64 - 30	72 - 50	72 - 50	58. 0	51. 0	58. 0
2	" 80	" 73	" 73	71 "	74 50	72 75	60 "	60 "	67 "
3	" 74	" 69	" 73	71 "	73 "	75 20	71 50	69 "	70 20
4	" 80	" 79	" 85	73 "	75 20	71 50	70 "	69 "	98 "
5	" 90	" 83	" 90	67 50	69 50	68 50	68 "	67 "	70 30
6	" 90	" 82	" 83	69 50	73 50	72 "	70 "	70 50	72 "
7	" 76	" 74	" 75	70 50	75 50	73 65	72 "	63 "	69 75
8	" 75	" 75	" 81	71 "	72 50	69 60	71 "	65 "	59 "
9	" 83	" 76	" 80	68 35	72 85	70 "	65 "	55 "	61 "
10	" 77	" 74	" 73	68 "	73 50	72 "	60 "	59 "	61 "
11	" 71	" 67	" 70	70 "	76 15	74 30	68 "	61 "	65 "
12	" 75	" 70	" 75	72 "	78 "	75 "	65 "	60 "	63 "
13	" 81	" 76	" 80	73 50	77 "	75 "	65 "	60 "	63 "
14	" 83	" 78	" 82	72 "	76 50	72 75	70 "	67 "	73 "
15	" 90	" 86	" 89	70 "	75 "	73 "	72 "	65 "	68 "
16	" 89	" 86	" 83	67 "	72 "	71 "	70 "	61 "	67 "
17	" 82	" 80	" 81	69 50	73 "	71 50	66 "	55 "	61 "
18	" 75	" 70	" 75	71 75	75 "	73 "	67 "	58 "	66 "
19	" 75	" 68	" 72	73 50	77 "	75 "	70 "	62 "	63 "
20	" 72	" 66	" 70	74 50	80 50	76 50	71 "	63 "	70 "
21	" 70	" 64	" 67	78 "	82 50	81 "	70 "	60 "	68 "
22	" 65	" 61	" 67	80 "	84 "	82 25	69 50	62 "	71 "
23	" 64	" 60	" 66	82 75	85 50	83 25	70 "	57 "	73 "
24	" 70	" 70	" 73	79 50	81 "	75 75	74 "	65 "	72 "
25	" 80	" 77	" 77	76 50	77 "	76 "	67 "	63 "	59 "
26	" 82	" 82	" 83	76 50	77 50	74 50	67 "	60 "	62 "
27	" 83	" 85	" 83	75 "	76 50	74 50	58 "	59 "	61 "
28	" 85	" 79	" 82	73 25	78 75	73 "	57 "	57 "	60 "
29	" 80	" 75	" 75	72 50	78 "	76 60	58 "	63 "	69 "
30	" 76	" 70	" 73	76 "	80 60	78 30	71 "	70 "	72 50
31	" 80	" 75	" 77	74 "	75 "	70 70	66 50	63 "	62 "

NUBARRONES.— Toda la tarde del 4, todo el 5, 6, 3, 14 y 15 con norte; la noche del 29; neblina el 30 por la mañana y con norte el 31.— LLOVINZAS.— El 4 desde la tardita de cuando en cuando, el 5 y el 6; el 23 á 7 y cuarto de la mañana; toda la del 24 hasta las 9 de cuando en cuando; idem la del 25 y un momento por la noche con norte.— CHUBASCOS.— El 7 á las 11 de la noche; el 15 en la madrugada.— AGUACEROS.— La madrugada del 4; el 6 á 8 de la mañana.

NOTA.— Desde el 14 en adelante se pasaron los instrumentos á una habitacion alta, de suerte que el barómetro marca siempre 5 centimos menos que antes; y el termómetro es higómetro un poco menos de calor y de humedad.

ESTADO DE HOSPITALES.

MES DE MARZO DE 1839.				
ENFERMEDADES.	S. AMBROSIO.	S. JUAN DE DIOS.		S. FRANCISCO DE PAULA.
		Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Apoplegia	"	1	"
	Encefalitis aguda	"	1	"
	Mania	6	"	"
	Epilepsia y convulsiones	"	"	"
	Tétanos	"	"	"
	Anginas	10	16	"
	Gastritis agudas con fiebre	2	5	2
	Idem crónicas	2	"	"
	Tifo intertropical	22	3	1
	Fiebres intermitentes	42	7	"
	Bronquitis	12	6	1
	Reumatismos	4	"	2
	Artritis	"	2	2
	Pleuritis	7	"	4
	Idem crónicas	5	2	"
	Hemoptisis	5	"	"
	Afectos del corazón	7	8	5
	Colitis diarreica	"	3	"
	Idem disenterica	2	"	"
	Esplenitis agudas	9	"	"
	Obstrucciones	"	2	1
	Metritis crónica	2	"	"
	Nefritis simples	1	"	"
	Idem calculosa	10	5	2
	Viruelas	2	"	"
	Escarlatina	30	2	"
	Sífilis y dolores osteocopos	"	2	2
	Hidropesía	3	"	"
	Escorbuto	"	"	"
Suma		183	41	86
CIRUGIA.	Contusiones	"	1	"
	Dislocaciones	"	1	"
	Fracturas	2	10	3
	Heridas de armas blancas	1	"	"
	Idem de fuego	14	9	"
	Tumores simples	"	2	"
	Lamparones	16	1	"
	Bubones	6	"	"
	Fimosis y paraquimosis	10	1	"
	Uretritis	"	1	"
	Orquitis	57	9	10
	Úlceras y pústulas venéreas	2	"	"
	Idem carcinomatosas	8	"	"
	Idem subinflamatorias	9	1	2
	Oftalmías agudas	14	"	"
	Idem crónicas	3	"	"
	Herpes	27	3	4
	Erupciones sarnosas	"	4	2
	Erisipelas	"	"	1
	Fistulas del ano	"	"	1
	Hemorroides	1	"	"
	Catarros vesicales	2	1	"
	Hidrocelea	5	"	"
	Hemorragia	"	"	"
Suma		177	43	42
				9

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1.º de marzo de 1839	362	} 722
Entraron en dicho mes	360	
Se curaron	393	} 402
Fallecieron	9	

Quedaron para 1.º de abril de 1839 320

La mortandad estuvo á razon de 1,20 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1.º de marzo de 1839	277	} 489
Entraron en dicho mes	212	
Se curaron	194	} 224
Fallecieron	30	

Quedaron para 1.º de abril de 1839 265

La mortandad estuvo á razon de 6,13 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de marzo de 1839	134	} 175
Entraron en dicho mes	41	
Se curaron	21	} 44
Fallecieron	23	

Quedaron para 1.º de abril de 1839 131

La mortandad estuvo á razon de 12 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana se deduce que en marzo reinaron las enfermedades siguientes: el órden en que se colocan indica su mayor ó menor predominio.

Marzo.

Afectos catarrales.—Fiebres simples.—Reumatismos.—Sarampion.—Otras erupciones.

Observaciones prácticas.

Lo bajo de la temperatura por una parte, las neblinas por la mañana y los nortes repentinos por otra, fueron causa de la epidemia catarral que apareció desde el 10 de marzo y continuó hasta cerca de sus últimos días. Pero como el frío no fué tan intenso que produjera grandes congestiones viscerales, aquellas bronquitis aunque acompañadas las mas de las veces de un movimiento febril que duraba dos ó cuatro días; no presentaron síntomas alarmantes, y cedían con tanta facilidad que no llamaron médico sino muy raros de los individuos afectados.

Desde el 17 del propio mes, comenzaron á manifestarse algunos enfermos de sarampion, con particularidad los niños y las gentes de color; pero nunca con la violencia del año pasado.

En fin, á los pocos días comenzó la varicela á propagarse, y ya hacia los fines del mes se manifestó la viruela con todo el acompañamiento aterrador de sus síntomas, en los sujetos no vacunados. Nos parece á la verdad inconcebible que en el año de 1839 existan todavía padres de familia bastante estúpidos para negarse á vacunar sus hijos, ó dueños de esclavos tan ignorantes que desconociendo sus intereses no los vacunen en el momento oportuno. Pero no por ser difícil de que suceda es imposible el hecho, y los hospitales, así como muchas casas donde hay viruelientos, nos confirman en la idea de que *siempre habrá hombres que se nieguen á la razon y la evidencia*. Hay ciertamente individuos vacunados que padecen las viruelas; pero es cuando existe una predisposicion inmensa para esta enfermedad (caso rarísimo) y cuentan ya muchos años que se vacunaron: tan pequeñas excepciones no suponen nada en la balanza, mas aun cuando no sabemos que ningun vacunado haya muerto y sí nos consta que casi todos se preservan para siempre de la enfermedad.

Se han enterrado en todo el mes de marzo en el cementerio general

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.	84	49
De color	133	74
Sumas parciales . .	217	123

Total general. . 340

FISIOLOGIA.

DE LOS PULMONES.

De su estructura y vasos sanguíneos.

Hemos dicho ya que la arteria pulmonar después que nace del ventrículo izquierdo del corazón, se divide y subdivide en ramos que se terminan luego en capilares. Ahora veremos la distribución de estos capilares en los pulmones y su manera de contribuir á la formación de su tejido.

Los capilares del pulmón forman un enrejado cuyas mallas sumamente pequeñas se deben á las infinitas anastomoses que todos aquellos pequeños vasos forman entre sí. Sea cualquiera la dirección en que cortemos los pulmones, veremos el enrejado y sus mallas: así deduciremos que estas mallas son producidas por las divisiones de células cuyas paredes se forman también por un tejido capilar sanguíneo. Tampoco debemos olvidar que por esta disposición, el espacio en que el aire y la sangre venosa deben confundirse para que el uno obre sobre la otra, adquiere una grandísima estension. En efecto, los cálculos de los fisiólogos les han forzado á concluir, que la superficie del tejido pulmonar que está de continuo en contacto con el aire, es igual á toda la estension de la piel.

Los vasitos venosos que aumentan rápidamente de calibre en el espesor de los pulmones por la reunión de sus ramos, nacen de las últimas divisiones arteriales. Cuando los troncos venosos salen del pulmón, se reducen á cuatro, dos por cada uno, y de allí se dirigen, como se ha dicho, á la aurícula izquierda.

Vasos aéreos de los pulmones.

La traquearteria pone en comunicación al aire exterior con los pulmones y la sangre que reciben. Es un tubo formado en toda su longitud de aros cartilaginosos sobrepuestos y resistentes, que á pesar de esto gozan de la flexibilidad de los ór-

ganos blandos. Para que el vaso no cediera durante la respiracion á las presiones del aire que tienden á pegar una con otra las paredes de la traquea y á obliterarlas, era preciso que tuviese su dureza cartilaginosa. La traquearteria está provista en su abertura de la boca, de una válvula que impide al cerrarse que los alimentos penetren en su interior, y al abrirse da paso al aire que viene de las aberturas de la nariz y de la boca.

Poco después de su entrada en el pecho, este órgano se divide en dos vasos llamados *brónquios*, cada uno de los cuales va á su pulmon respectivo, subdividiéndose en el tejido pulmonar en capilares muy tenues. Se había creído que cada division brónquica se terminaba en una vejiguilla; error debido á inyecciones hechas con sustancias tan groseras que no podían aclarar nunca la verdad. Mr. Magendie ha demostrado que en el interior de los pulmones, los brónquios se reducen á vasos de paredes delgadas y horadadas en su trayecto, de modo que presentaban en su superficie agujeros que comunicaban con las células de que hemos tratado al hablar de los capilares sanguíneos.

El problema que ha resuelto la naturaleza en los pulmones, es muy complicado. Era preciso 1.º que la sangre pasara constantemente á vasos tan tenues, cuanto sus últimas divisiones apenas se perciben con el microscopio; 2.º poner la sangre así dividida en relacion con el aire externo, y de tal suerte que sin que hubiera contacto inmediato entre aquellos dos fluidos, se lograra la influencia química del uno en el otro, y 3.º proporcionar á la accion del aire, en un órgano tan pequeño como el pulmon, necesariamente denso y casi cúbico, por su situacion y relaciones con el tórax, una superficie tan dilatada que los fisiólogos la han comparado á la de toda la piel.

DE LA CIRCULACION DE LA SANGRE EN LOS VASOS SANGUINEOS

Propiedades físicas de la sangre.

Antes de estudiar la circulacion de la sangre en los vasos gruesos y en los capilares, debemos conocer las propiedades físicas de este líquido, á fin de comprender el modo de que se ha valido la naturaleza para combinar las propiedades de aquel fluido con las del vaso que le contiene. El estudio de la sangre nos ofrece por otra parte grande interés reflexionando en las

aplicaciones que podemos hacer á la patología y á la terapéutica de los resultados que podemos sacar de su estudio.

La sangre es un líquido heterogéneo, compuesto de una porcion acuosa y de partículas insolubles que están en suspension en ella. La parte acuosa se llama *sueros*, y su viscosidad cambia segun el estado de la economía. Sería muy importante estudiar la viscosidad de la sangre por la influencia que esta propiedad fisica tiene en la produccion de los distintos fenómenos de la circulacion; y debemos sentir que para facilitar los trabajos de los fisiólogos, no hayan inventado los fisicos un instrumento que sirva para medir la viscosidad de los líquidos con alguna precision.

El suero tiene en disolucion diversas sales que en gran manera contribuyen á su densidad, y además la albumina y la fibrina á quienes en gran parte debe su consistencia. La fibrina disuelta, tiene mucha tendencia á solidarse, y por eso en cuanto sale de la economía y queda libre de la influencia de la accion vital, ó cuando cambian las condiciones á que está sometida en el estado de salud, debe al momento manifestarse aquella tendencia á solidar y producir la coagulacion, ya fuera de la economía, ya en el interior de los tejidos. Diariamente vemos formarse el cuajaron, en la sangre que sale de una vena después de la sangría. Si en un animal vivo ligamos una arteria en dos lugares poco distantes, se coagulará la sangre contenida entre las dos ligaduras. A primera vista parece que estas propiedades de la sangre deben obstruir la circulacion; pero cuando reflexionamos que la mayor parte de las lesiones de los vasos serían mortales, si la sangre coagulándose al rededor del punto herido no opusiera un obstáculo á la hemorragia, y que casi todas las operaciones quirúrgicas que hacemos al presente sin peligro, producirían infaliblemente la muerte del enfermo sin este efecto de la coagulacion, y sin la lentitud que la viscosidad de la sangre produce en su evacuacion; comprenderemos que la sangre no puede ser ni clara, ni enteramente fluida, ni incoagulable.

De los glóbulos de la sangre.

La sangre contiene glóbulos de un diámetro excesivamente diminuto y cuyas formas, dimensiones y número, difieren en las distintas clases de animales. A pesar de la pequeñez de

sus diámetros, se creería que los glóbulos de la sangre destinados á atravesar el interior de vasos tan pequeños como los capilares, deberían á cada instante obstruirlos; mas por el contrario parece que el tránsito continuo de la sangre por los capilares es necesario para la circulacion.

Estos glóbulos no son esféricos como durante largo tiempo se creyó: son elípticos, y se componen de un núcleo y de un saco que le envuelve y que parece fibrina: se supone que la sustancia que rodea esta fibrina, es la materia colorante de la sangre. Tambien se hallan glóbulos que se parecen al núcleo de que acabamos de hablar y que no están contenidos en sacos. Para esplicar su presencia en la economía se ha inventado que no eran sino glóbulos comunes despojados de sus sacos, ó destinados á poseerle por medio de una asimilacion ulterior: tambien se ha dicho que estos cuerpecillos eran simples glóbulos de quilo imperfectamente hematosados: en fin, y lo que es aun menos cierto, que consistían en leche escapada de la accion de la glándula mamaria y destinada á salir de la economía por este medio.

Parece que los glóbulos de la sangre se alteran en diversas enfermedades, y con particularidad cuando este líquido sale de los capilares para esparcirse en varios tejidos, como en las mucosas; en cuyos casos parece que la sangre no corre ya del mismo modo en estos vasitos, puesto que los glóbulos alterados cambian el modo con que se efectuaba la circulacion. Muchas sustancias obran en los glóbulos destruyéndolos, y así el agua pura, los álcalis &c., no pueden servir para tener en suspension estos cuerpecillos cuando queremos examinarlos con el microscopio: es necesario echar, entre otras sustancias, azúcar ó agua salada.

De la temperatura de la sangre.

La sangre tiene una temperatura casi igual en todas las partes del cuerpo, que alcanza de 37 á 40 °, c. disminuyendo á medida que se aleja del centro de la circulacion. Esta temperatura es constante en la especie humana y no sigue las variaciones de los climas que habitan sus distintas razas. Mas adelante tendremos ocasion de probar que el calor influye mucho en la circulacion de la sangre en los capilares, y que á 0 por ejemplo y bajo 0 se detiene completamente la circulacion.

De la circulacion en los grandes vasos.

La sangre venosa pasa, segun dijimos, á la aurícula derecha por las venas cavas, y la llena. ¿Será producido este fenómeno por la dilatacion activa de la aurícula, ó solo por el flujo simple de la sangre se producirá mecánicamente su dilatacion? Como puede comprenderse muy bien la teoría de la circulacion de la sangre en el corazon sin que se recurra á aquel acto vital, no tenemos necesidad de admitirle, tanto mas cuanto no hay ningun experimento que nos induzca á creer en su existencia. La aurícula derecha llena de sangre se contrae y comprimiendo con fuerza al líquido, tiende á lanzarle á la bomba derecha y á las venas cavas. Pero henchidas estas de sangre no pueden admitir mas, y producen un obstáculo á la vuelta del líquido, quien por el contrario pasa libre y completamente á la bomba derecha. La presion producida en las venas cavas, es causa de que la sangre refluya á estos vasos, y como el reflujo se percibe á mucha distancia del centro, constituye el *pulso venoso*.— Todavía se ofrece otra cuestion: ¿aquella dilatacion de la bomba derecha es activa, ó solo el resultado de la entrada de la sangre en su cavidad? La disposicion de las fibras musculares que componen las paredes del ventrículo, nos manifiesta que no hay ningunas destinadas á dilatar sus paredes. Los que dicen que el ventrículo es una bomba aspirante y espirante, han de admitir por necesidad que la contraccion y la dilatacion son igualmente activas. Esta cuestion es todavía tan oscura que no podemos tener mucha fé en ninguna de aquellas diversas opiniones.

No debemos confundir la dilatacion activa con un hecho distinto que se observa en el corazon y es puramente mecánico. Sus paredes musculares conservan hasta después de la muerte del órgano una elasticidad notable. Así concebimos fácilmente que gracias á ella el corazon recobra pasivamente sus dimensiones después de su contraccion activa, de la misma manera que una botella de resina-elástica vuelve á recobrar su forma después que la hemos comprimido hasta juntar una con otra sus paredes.

Las columnas carnosas de que hemos hablado, están dispuestas en el corazon de tal manera que modifican la direccion que la sangre naturalmente tomaría pasando por los orificios

de aquel órgano, y dirigen el líquido hacia los puntos por donde debe escaparse.

La arteria pulmonar se subdivide de un modo dicótomo, es decir, que un tubo mas grueso se divide en dos tubos mas pequeños. Para que la suma de los calibres de los dos ramos que nacen de una rama sea igual al calibre de la rama misma, es necesario que la suma de los cuadrados de los diámetros de los dos ramos sea duplo del cuadrado del diámetro de la rama, porqué dos cilindros son entre sí como los cuadrados de sus diámetros. Pero si los diámetros de las dos divisiones de un tubo no tienen el tamaño suficiente para que se dé la igualdad entre las sumas de los calibres de las divisiones y el calibre del tubo, este será siempre mayor. Es lo que sucede en el pulmon, y de aquí se sigue que la arteria pulmonar y sus ramificaciones figuran un cono cuyo ápice está en el pulmon y la base en el nacimiento de la arteria.

Los vasos de la economía tienen la propiedad de distenderse y de retraerse para estar en relacion con el volúmen del líquido impulsado á su interior. ¿Como se producen estos fenómenos? Se deberá todo á una contraccion y á una dilatacion activas?—No hay evidentemente contraccion muscular en las paredes de los vasos; pero correspondiendo á su estado de vacuidad ó de plenitud los cambios de calibre que en ellos se notan, debemos creer que el esfuerzo de la bomba sobre la sangre que contiene la arteria, la distiende, y que las reacciones de las paredes de este tubo produuen su contraccion. De la misma manera y por las leyes mas sencillas de la mecánica, comprenderemos la *locomocion de las arterias* y otros fenómenos de igual clase: si la arteria es flexuosa, el esfuerzo del corazon tenderá á hacerla rectilínea: si está colocada en un plano resistente, la reaccion de su pared fija tenderá á levantarla, y á esto se reducen los fenómenos llamados locomocion de las arterias, sobre cuya existencia y causa se ha mucho tiempo disputado; pero se tendrá que admitir el hecho porqué es consecuencia de las leyes de la mecánica.

De la circulacion en los capilares.

Al tratar de los fenómenos que se observan en la sangre así que pasa de las arterias á las venas pulmonares por medio del sistema capilar, nos ocurre una pregunta muy perentoria.

¿La sangre que corre por un grueso vaso y la que pasa por el capilar están sometidas á las mismas leyes? Siguiendo á Harvey y á Haller se ha creído que cesaba el impulso del corazón en la sangre, así que salía de los vasos medianos, y que aquella fuerza era reemplazada por la contraccion de los capilares. Bichat fué el fisiólogo que contribuyó mas á acreditar este error, que apenas ha comenzado á percibirse en nuestros dias. Dice terminantemente que la accion del corazón acaba en la terminacion de los ramillos de la arteria pulmonar; mas para que el impulso se detuviera en este punto, debían existir condiciones mecánicas, que ni se dan, ni puede alcanzar la inteligencia. A la verdad sería preciso que esta fuerza considerable estuviera calculada con tal exactitud, que solo pudiera obrar hasta cierto punto; y si hay un problema en la mecánica difícil de resolver en la práctica, es este. Por otra parte, su solucion exigiría que el corazón desarrollara una fuerza siempre igual en cada una de sus contracciones, y nadie ignora que aquella víscera se contrae con un empuje que varía á cada momento por la influencia de causas muy diversas, y muy débiles en ciertos casos. Segun la teoría de Bichat, para que la sangre penetre en los capilares, debe hallarse en armonía con la sensibilidad que dice les es propia. Nada nos induce á admitir esta hipótesis, nada la demuestra, y todo por el contrario parece refutarla. Cambiando á cada instante la sangre de naturaleza, tambien á cada momento dejaría de hallarse en armonía con la sensibilidad de los capilares, y los fenómenos de la circulacion deberían continuamente interrumpirse. Todo lo que entra en el cuerpo por las bebidas, los alimentos &c., pasa por la sangre; luego este líquido cambia de propiedades por esta causa; y además puede convertirse en un veneno sin que la circulacion, ni las funciones que dependen de ella se perturban. Inyéctese en las venas de un animal una sustancia que no entre en la composicion habitual de la sangre, pero que pueda correr mecánicamente por los capilares, y á pesar de sus nuevas cualidades, deletéreas ó no, la sangre pasará por los pulmones. Luego debemos concluir, que la sangre no tiene necesidad de hallarse en armonía con la sensibilidad de los capilares para atravesarlos.

De la regularidad del curso de la sangre en los capilares:

Siendo los capilares tubos excesivamente pequeños, se

concebe con facilidad cuan notable es el hecho de la circulacion de la sangre por sus paredes. Si tomamos un pulmon de rana y le miramos con el microscopio, veremos que los glóbulos de la sangre corren rápidamente al capilar y que pasan sin retardar en nada su curso, del capilar arterial al capilar venoso. Sabemos muy bien que tubos inertes tan finos no darían paso á los líquidos, y aun menos á los dotados de la viscosidad de la sangre.

Pues á mas de este fenómeno tenemos el de la regularidad de su curso. Si picamos el pulmon de un mamífero vivo, la sangre saldrá lenta y regularmente del tejido pulmonar; y si examinamos con el microscopio la circulacion en un capilar, notaremos que la sangre corre con mucha lentitud y uniformidad. Importa en efecto que estos movimientos posean las dos cualidades de lentitud y de constancia, para que puedan efectuarse completamente todos los fenómenos que deben producirse en el pulmon. La lentitud del curso de la sangre deja que este líquido presente todas sus moléculas á la accion del aire.

Se nos presenta aquí un problema cuya solucion hallaremos considerando las propiedades físicas de los vasos sanguíneos. ¿Como es posible que el corazon que obra de un modo intermitente en la sangre, produzca sin embargo una evacuacion regular de este líquido en los capilares? ó en otros términos, ¿como el movimiento de la sangre que se hace por sacudidas en los grandes vasos, se vuelve continuo en sus divisiones mas delicadas? Piquemos para demostrarlo la arteria pulmonar, y veremos que la sangre sale por sacudidas vivas; y acabamos de ver que por el microscopio se demostraba la regularidad de su curso en los capilares. Este fenómeno se explica por la elasticidad de los vasos y por las reacciones mecánicas de sus paredes contra el impulso del corazon; pues esta fuerza, de suyo poderosa en los grandes vasos, se hace mucho mas activa y produce efectos mucho mayores en el sistema capilar donde la superficie que opera es mas considerable.

Fenómenos producidos por la alteracion de las propiedades físicas de la sangre.

Las propiedades físicas de la sangre pueden variar de muchos modos. La sangre puede aumentar de viscosidad; puede perderla en parte; en fin, puede contener materias sólidas de

grueso suficiente para obstruir los capilares. Examinaremos sucesivamente lo que pasa en los tres casos.

Aumento de la viscosidad de la sangre.

Injectando aceite en la vena yugular (tronco venoso superficial del cuello) de un mamífero, todas las partes del pulmon que penetra el aceite, se alteran; los capilares se cierran y producen ciertos fenómenos patológicos. Si una parte del pulmon está obstruida, habrá dificultad en la respiracion, y la enfermedad así producida se curará. Pero si gran parte del pulmon está afectado, el animal no podrá vivir sino algunos instantes.

La *gripa* y otros males donde se producen hepatizaciones del pulmon, vienen acompañadas, y segun Mr. Magendie, tienen por causa, este aumento de viscosidad debido á una constitucion médica poco conocida.

Disminucion de la viscosidad de la sangre.

Tenemos un medio bien sencillo de estudiarla, privando á la sangre de un animal, de su fibrina. Ságrese de la vena yugular, recójase el líquido, bítase para sustraer la fibrina, inyéctese la porcion fluida por la misma vena y repítase la desfibrinacion las veces necesarias. Después de la primera inyeccion habrá un mal estar notable. Luego vendrán los vómitos violentos, y si se ha desfibrinado mucha sangre morirá en poco tiempo el animal; pero si operan paulatinamente, dejando que repare con la absorcion las pérdidas de fibrina, tardarán algo en producirse los fenómenos, aunque conservando los mismos caracteres. Si el animal no toma alimentos fibrinosos, que como la carne muscular renueven la fibrina; sus músculos se atrofian y vuelven á la sangre casi los mismos elementos sustraídos, y por esto se nota que la fibrina no disminuye en proporciones notables en cada operacion. Sería muy útil para la terapéutica, examinar así las cualidades nutritivas de los alimentos mas usados.

Ligando una arteria á un animal vivo cuya sangre se haya modificado de este modo, veremos que el vaso no se obstruye, y que la arteria presenta en su interior un pequeño filamento rojizo muy poco considerable, y de menos densidad.

Este resultado podría aclarar en parte la teoría de la obstrucción de los vasos, y con particularidad en ciertas enfermedades. Se ha notado á menudo que después de una operacion que exigió la ligadura de algunas arterias, estas producen violentas hemorragias cuando las ligaduras se caen; lo que esplican suponiendo que la constitucion del enfermo impide el desarrollo de la *inflamacion adhesiva*. Ha llegado el tiempo de esplicar estas palabras y de dar la razon de aquel hecho de un modo mejor que inventando palabras.

Cuando se liga una arteria, se estanca la sangre en el recodo que forma el extremo ligado, y de aquí viene su coagulacion: se deposita tambien mayor porcion de fibrina, pues la absorcion la libra de una parte de su agua y la condensa cada vez mas, hasta que pasado un número mayor ó menor de dias se cae la ligadura porqué se rompen las paredes de la arteria que ha cortado, obliterándose el vaso por que la fibrina se ha condensado en su interior. Ahora se concebirá la razon por la cual los que se alimentan mal ó sufren de una alteracion general de su economía, no pueden tener en su sangre sino muy poca fibrina, hallándose simplemente en el mismo caso que los animales desfibrinados con las operaciones antedichas. ¿Porqué nos hemos de admirar de que como en ellos la fibrina no se deposite en las paredes de la arteria ligada? Pero la analogía entre el estado patológico de los animales desfibrinados y el de los hombres cuya salud puede hallarse profundamente alterada por causas muy distintas, será menos sorprendente si reflexionamos en el fenómeno que sigue.

Cuando se abre el cadáver de un animal desfibrinado, nos admira el color de la sangre contenida en los órganos y la falta de coágulo en su corazon. Los pulmones están hepatizados, es decir firmes, y aparecen de un color rojo subido: han aumentado de volúmen, porqué una parte de la sangre ha trasudado por las paredes de los capilares con todos sus elementos, y esta exudacion se debe á la disminucion de la sangre cuyas propiedades físicas han dejado de avenirse á las de sus paredes. Por la misma razon se halla rojiza la serosidad de las pleuras, pues la sangre con todos sus elementos ha trasudado por los capilares de aquellas serosas. Lo que admira mucho á el observador en la autopsia, es la excesiva hediondez del cadáver, que le recuerda la de las personas que han sucumbido á las enfermedades llamadas fiebres pútridas, (la tifoidea por ejemplo) enfermeda-

des que M. Magendie atribuye á una alteracion de la sangre que dice es la disminucion de su viscosidad.

Tambien quitamos á este fluido una parte de su viscosidad inyectando agua en las venas del animal: al instante pierde parte de su viveza y se entristece. Admirado de este efecto, M. Magendie se resolvió á inyectar agua en las venas de los hidrófobos, y aunque no haya conseguido curarlos de su espantosa enfermedad, ha logrado por lo menos calmar las convulsiones horribles en que tan prontamente sucumben.

El mismo efecto se consigue poniendo la sangre en contacto con una sustancia que impida su coagulacion; como se verá inyectando carbonate de sosa en las venas de un perro.

Introduccion de materias sólidas en la sangre.

Los glóbulos tienen un diámetro proporcionado al calibre de los capilares que atraviesan. Por esto introduciendo en las venas de un animal sustancias sólidas, variarán los fenómenos segun tengan diámetros mas ó menos grandes que los de los glóbulos sanguíneos. Si inyectamos fécula, negro humo &c., suspendidos en agua de goma; ó bien mercurio; al llegar á los pulmones después que atraviesan al corazon derecho, obstruyen los capilares de diámetro mas fino que el de la materia introducida. La sangre se extravasará en el tejido pulmonar, y tendremos la hepatizacion y otros efectos anteriormente esplicados, cesando la vida si gran parte del pulmon se ha alterado. Si suponemos que la sustancia inyectada sea tan fina que pueda atravesar los capilares del pulmon, es probable que continúe la vida y que no se alteren las funciones, lo que aun no ha resuelto la esperiencia; pues la primer inyeccion que así se hizo, no produjo ningun efecto en la salud del animal, lo que parecía apoyar aquella congetura; pero en otra el animal murió casi al momento. La rapidez de la muerte nos induciría á creer que la repentina introduccion de una cantidad muy considerable de materia estraña, fué la única causa que obró, ó que los granos de la materia empleada se aglutinaron y pudieron formar pequeñas masas que obstruyeran los capilares del pulmon.

Estos esperimentos se hicieron con la fécula de arrebole-
ra (*mirabilis jalapa*) cuyos glóbulos tienen apenas $\frac{1}{10}$ de milímetro.

Alteracion de las propiedades químicas de la sangre.

En vez de agua pura se podrán inyectar algunas sustancias que obren químicamente en las paredes de los vasos, como los ácidos sulfúrico, hidroclórico &c., dilatados. Inyectando el primero, muere el animal dentro de algunos segundos, presenta en la autopsia una hepatizacion particular, frágil, debida á la accion coagulante del ácido en la sangre y á la corrosion de las paredes capilares ennegrecidas por este cuerpo deletéreo. El corazon derecho y parte de la arteria pulmonar, están llenos de sangre coagulada y parduzca. Probablemente el ácido hidroclórico producirá el mismo efecto.

Estos hechos podrán hacernos conocer la influencia que las sustancias ácidas, como la limonada sulfúrica, el ácido hidroclórico debilitado &c. introducidas en la circulacion, pueden tener en las diversas funciones de la economía.

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE LA

ISLA DE CUBA.

EDUCACION PRIMARIA

Resultados de los métodos de enseñanza que se usan en sus escuelas.

Fácil será á un espíritu observador el conocer los resultados que puede dar el estado presente de nuestra enseñanza primaria, si se detiene á estudiar uno por uno los numerosos hechos que con la lealtad mas escrupulosa hemos procurado reunir en los artículos anteriores. Desde luego se palpará que la cultura intelectual de la Habana, corriendo parejas con su riqueza y comercio, no sufre comparacion, no ya con la de las otras ciudades de los departamentos central y oriental, pero ni

aun con la de las del mismo departamento occidental, pues en exceptuando á Matanzas, que puede considerarse como una continuacion de la Habana en riqueza y progresos materiales, todas las demás poblaciones no gozan, en proporcion, de las luces de la capital. Acordémonos, si no, de la distancia que hay entre la Habana y Santa María del Rosario, Jaruco ó el Bejucal. Por eso pudiera decirse de la isla de Cuba, lo que con exactitud se ha dicho de Francia, por la centralizacion de las ciencias, el poder y las riquezas en París, que todo el cuerpo se vuelve cabeza.

Otra observacion no menos exacta puede hacerse en órden á la superficialidad actual de los conocimientos en la misma Habana, achaque que en gran parte proviene, como lo ha indicado un hábil perito en la materia, de los mismos adelantos que se han hecho; pues se pretende enseñar infinidad de ramos á un niño á un mismo tiempo. Siendo por otra parte, de época tan reciente las mejoras que se han introducido en los métodos de enseñanza, y no habiéndose estendido estos todavía por todos los establecimientos de educacion, se columbra en la generalidad de la generacion presente y parte de la que se está levantando, la mala calidad de la instruccion que ha recibido, y aun está recibiendo en la mayor parte de las escuelas. Lo cual se nota mas á la apertura de los cursos de filosofía en la Universidad y el Colegio Seminario, donde va á desembocar cada dos años, á manera de irrupcion de rio, la turba de muchachos y adolescentes que arrojan de sí las escuelas primarias. La mayor parte de ellos apenas vienen á las clases con hábitos de estudio, que es el fruto mas precioso de un buen método de enseñanza: ni saben escuchar, ni aprender; muchos apenas saben gramática, sin que esta ignorancia supina les provea de comedimiento y aplicacion. Entiéndase siempre que exceptuamos de este fallo á los alumnos de varias escuelas de la capital, que por lo selecto de los ramos que en ellas se enseñan, y por los excelentes métodos que usan sus apreciables directores, no dejan nada que desear, como lo hemos dicho antes, al censor mas severo. Lejos de nosotros la idea de querer rebajar el mérito intelectual de nuestros compatriotas, ni calumniar de torpe la capacidad de la juventud habanera;—al contrario, mejor prez y mas perdurable corona merecen los hombres que en tales escuelas, en tiempos semejantes y con semejantes recursos educados, han logrado dis-

tinguirse en el estudio de las letras y de las ciencias. Pero estas excepciones, ó son fruto natural de la tierra de fuego que habitamos, productora espontánea de finos y perspicaces entendimientos, — ó triunfos parciales de la aplicacion y de la constancia privadas del individuo.

Y si esto sucede en la capital ¿cuál será en los campos el aprovechamiento que saquen de sus escasas, precarias y mal constituidas escuelas nuestros campesinos? En unos datos oficiales preciosos que posee la Seccion de Educacion de la Habana, para averiguar con certeza la proporcion en que estaban los encarcelados de toda la isla (en 1835) con los que saben leer de entre ellos, se ve que la mayor parte de los innumerables delinquentes que pueblan las prisiones, son hombres del campo, observándose constantemente que los mas criminales son siempre los mas ignorantes, porque tambien son los mas miserables. Nos apresuramos, empero, á advertir que no somos del número de aquellos que dan una importancia exagerada á las escuelas primarias en general sin atender á la naturaleza de su constitucion; ni creemos que se mejora la moralidad de los pueblos con enseñar á los niños solamente á leer, escribir y contar. No se reduce á tan mezquino resultado el grande objeto de la educacion pública: la adquisicion de aquellos cortos conocimientos, no debe considerarse sino como un medio preparatorio para adquirir después con mayor facilidad otras nociones de mayor importancia; pero si estas nociones ulteriores no se adquieren, es inútil y completamente ocioso — y quizás perjudicial, aquel aprendizaje. Hay que atender en estos cálculos, para no equivocarnos, ni deslumbrarnos, á la *calidad* de la *educacion* que se da, porque la eficacia é influjo de la instruccion no se ha de medir solo por la capacidad en que se ponga á un niño de leer y de escribir. No deduciremos nosotros, por el contrario de lo dicho, la estraña asercion de que *la instruccion pública no solo no influye en la moralidad de los pueblos, sino que fomenta considerablemente las inclinaciones al crimen*, como lo pretenden otros. Así pudiera creerse, atendiendo á los resultados que ofrece la famosa obra de Mr. Guerry sobre la *Estadística moral de Francia*, en que prueba indisputablemente que se cometen mas crímenes contra la propiedad ajena en los departamentos donde hay mas instruccion pública; — pero es porque tambien en ellos hay mayores riquezas, y por lo tanto mas tentaciones y oportunidad para la per-

petracion de aquel género de crímenes: á lo que debe agregarse, que quién sabe cuál será la administracion judicial, la moralidad y la capacidad de los jueces y empleados en la policía y los tribunales de esos mismos departamentos, con la consideracion de otras mil causas concomitantes, que no se han estudiado todavía, porque ahora es cuando se empieza á aplicar á las ciencias morales y políticas los métodos exactos y severos de las físicas y matemáticas.

Volvamos á nuestros campesinos. El que tenga práctica del foro cubano y haya frecuentado sus tribunales en la parte del procedimiento criminal, no habrá dejado de notar cuan raros son los hombres de campo, no ya de los que se presentan como reos, pero ni aun de los que declaran como testigos, que sepan leer y firmar sus declaraciones. Los mayordomos de los ingenios, cuya ocupacion es llevar cuenta por escrito de los pines de azúcar que se sacan de las casas de purga y de otras mecánicas menudencias, casi todos son, ó forasteros ó naturales de la Habana ó de otra ciudad de la Isla; pero ninguno se encuentra que sea nacido y criado en el campo, porque todavía la instruccion que se da en sus escuelas no es suficiente á formar un dependiente de esta calaña. Los tristes cuadros que dejamos arriba copiados de las *Exposiciones anuales* de la Seccion de Educacion bastan por sí, para dar una idea de los frutos que hasta ahora ha producido el sistema de nuestras escuelas rurales.

Respecto á los dos departamentos restantes poco ó nada tendremos que añadir á lo que, con la elocuencia de la verdad, han dicho los autores de las noticias que hemos extractado. No faltan en esas provincias, como no faltan en la Habana, hombres instruidos, de mérito sobresaliente, capaces de lucir aun en otra sociedad mas adelantada que la nuestra; pero estos, repetimos, se han formado á sí mismos, y no son ni pueden ser productos legítima y únicamente preparados en nuestras escuelas primarias. Mientras no filtre la enseñanza hasta el corazon de la masa popular, nada habremos hecho con tener aisladamente disertos abogados, hábiles oficinistas, amenos literatos, y uno que otro insigne matemático especulativo ó naturalista consumado: bueno es todo esto, y de ello deriva la patria honra, y aun puede derivar provecho;—pero no es comparable con la ventaja inmensa que sacaría el país con que la mayoría de sus hijos supiese medianamente leer, escribir, contar, los prin-

cipios usuales de su hermoso idioma y algunas nociones de geografía,—agregando á esto *necesariamente* la convicción íntima de los principios mas sanos de la religion y de la moral.

ECONOMIA POLITICA.

Utilidad de su estudio.

Désconociendo los pueblos las verdaderas fuentes de la riqueza, corrieron á las armas para conquistarla. Concediéronse á la milicia inmensos privilegios, y se tuvieron por degradantes todas las ocupaciones industriales, agrícolas y mercantiles. El poder de las naciones tenía la fuerza por único fundamento; pero un poder que se apoyaba en tan erróneo principio no podía ser consistente, y así fué que las derrotas, la miseria y el hambre, sucedieron como era necesario á tan efímera prosperidad. Esta amarga lección movió algunos sabios á investigar las verdaderas bases en que deberían sostener el bienestar de los pueblos para que fuese firme y duradero. A sus nobles esfuerzos se debió el conocimiento de la Economía política, ó sean los verdaderos principios de donde emana la pública riqueza; principios que adoptándose hoy en la legislación de los pueblos ilustrados, vemos con asombro sus grandes progresos en todo linaje de conveniencias.

Esta ciencia nos ha enseñado que la industria es el manantial único de toda riqueza, y que los pueblos por consiguiente que carezcan de ella, vivirán siempre entre la miseria y la ignorancia, origen de todos los males, estando reservados todos los beneficios para las naciones industriosas. Enséñanos igualmente que los privilegios, los monopolios, los gremios y los reglamentos, muy lejos de coadyuvar al mejoramiento de la industria no sirven sino para ahogarla, y en la abolicion de estos, ó sea en su libre ejercicio, muéstranos el fundamento de su conservacion y desarrollo.

Aun convencidos los pueblos de que su bienestar solo podía apoyarse en el libre ejercicio de la industria, no cono-

cieron toda la essension que debe darse á este principio para que produzca todo el bien posible. Así fué que algunas veces dedicaron su conato á que prosperase la industria agrícola, otras la fabril y otras la mercantil, considerando cada una de estas industrias como independiente de las otras dos. La ciencia económica descubrió la armonía que existe entre estas tres fuentes de la prosperidad, y analizando y presentando los principios que las depauperan ó enriquecen, ha demostrado que no hay causa provechosa ó perjudicial para cualquiera de ellas que no sea estensiva á las demás.

La Economía política estableciendo un sistema de impuestos arreglado á la produccion de las riquezas, hace que se aumente la suma de aquellos á la par que estas, é introduciendo reformas en los gastos necesarios, disminuye la precision de gastar. Por manera que al paso que minora las exigencias de un Estado, aumenta sus medios pecuniarios, con público beneficio. En efecto, para el que tiene ciento, poco es contribuir con cuatro; pero el que tiene solamente diez, ni aun tres podrá exhibir: teoría tan aplicable á un individuo aislado como á toda una nacion, pues la riqueza de esta no es mas que la suma de las riquezas individuales. Por esta razon los pueblos que no tienen un buen sistema de contribuciones, aumentan su deuda cada día y no pueden llenar ni aun sus mas precisas atenciones; cuando por el contrario, los que le han establecido, ó no están muy adeudados ó cuentan con lo necesario para ir redimiendo su deuda sin menoscabo de sus urgencias.

No solo debe considerarse la Economía política como un manantial de riquezas para las naciones; su influjo se estiende á todo el sistema social. De los progresos de la industria dependen la fuerza y la estabilidad de los gobiernos, pues desterrando la miseria y la ignorancia, destierra con ellas el vicio y los delitos; y animando el trabajo y la civilizacion, hospeda las riquezas, los buenos hábitos y la fuerza. Un pueblo ignorante y miserable está espuesto á recibir todo género de ultrajes; mas un pueblo rico y civilizado tiene armas, buques, dinero, crédito y cuanto es preciso para hacerse respetar y merecer las consideraciones de los otros pueblos.

La mayor cantidad de gozes repartida entre el mayor número de individuos, constituye la felicidad suprema á que pueden aspirar las naciones. La Economía política no solo produce las riquezas, único medio de proporcionarse aquellos, sino

que con estas mismas riquezas contribuye poderosamente al aumento de la poblacion. ¡Cuántos individuos perecen por el uso de malos alimentos y por falta de medicamentos, de asistencia, de abrigo y de otras cosas no menos necesarias para la vida! Esta ciencia suministrando riquezas, evita tantos males y con ellos la mortandad que ocasionan. Con no menos eficacia aumenta la poblacion multiplicando los matrimonios. Los individuos que no tienen bienes ni esperan adquirirlos con su industria, se ven precisados á renunciar á los lazos conyugales; mas los que tienen un capital ó industria que les prometa lo necesario para subvenir á los gastos que han de atraerles, se apresuran á contraerlos, porqué en la tierra no hay delicias mas puras que las que brinda al hombre el himeneo.

La fertilidad del suelo, la bondad del clima y la situacion geográfica de los países, son ventajas que les ofrecen un campo inmenso para la adquisicion de las riquezas. Pero muchas veces estas grandes ventajas son inferiores á la influencia de la Economía política. La Habana nos da una prueba de esta verdad. Hace cuarenta años que para cubrir los gastos de su administracion necesitaba de un situado de Méjico, y su movimiento mercantil excede hoy de treinta millones de pesos, habiéndose aumentado de un modo extraordinario su poblacion y su cultura. ¿A qué se debe un cambio tan dichoso? No es al clima, á la fertilidad de la tierra, ni á su posicion geográfica, pues estos son los mismos en una y otra época: débese á una disposicion económica. En efecto, el comercio libre, ha hecho que la Habana prospere mas en los últimos cuarenta años, que en cerca de tres siglos que precedieron hasta su fundacion. Y aun la Europa y la América nos muestran varios países que sin las ventajas naturales de que se trata, deben su prosperidad á las doctrinas económicas; mientras que otros que disfrutaban de las primeras pero en cuya legislacion no se han introducido las segundas, permanecen pobres y estacionarias.

Otra de las grandes utilidades que produce la Economía política, es sembrar la moralidad entre los ciudadanos y enseñarles la Economía privada. El individuo que conoce la influencia de las costumbres en el adelanto ó atraso de las naciones, conocerá tambien los beneficios que ha de producirle una conducta arreglada, y por interés propio será industrioso, previsor, amante del órden y buen ciudadano; pues la moral pública y la particular constituyen una misma ciencia, diferen-

ciándose únicamente en el nombre para indicar su aplicación ya á las naciones, ya á los individuos. Del mismo modo el que sabe el arte de enriquecer las naciones dirigiendo bien los intereses de estas, podrá mejor que nadie dar á los suyos una buena inversión; pues á la manera que la Moral, la Economía política y la privada, solo varían de denominación cuando se consideran con respecto á los Estados ó á los particulares, sin que sean por esto ciencias diferentes.

Finalmente, difícil si no imposible pareció por muchos siglos conciliar el interés de una nación con el de todas las otras, pues se creía que ninguna podría enriquecerse sino á costa de las demás: error funesto de donde han emanado las guerras, las calamidades y los mayores horrores que han afligido al género humano. A la Economía política estaba reservado revelar que la prosperidad de un país está en razón directa del bienestar de los otros; doctrina sublime que nos muestra ya cercana la época de ventura en que tendrán término los males experimentados, y en que todos los pueblos serán ricos y florecientes, mientras no olviden que no hay prosperidad estable si no tiene por base la filantropía.

Tales son en compendio las ventajas que brinda á la especie humana el conocimiento de la Economía política, y nada por consiguiente mas útil que su estudio.

HIDROGRAFIA.

A fines de 1837 leyó M. Arago en la Academia de ciencias de París la siguiente carta de M. de Struve á M. Humboldt, hecha el 1.º de diciembre en Dopart, sobre el nivel trigonométrico del país situado entre el mar Caspio y el mar Negro, ejecutado por orden del Emperador de Rusia, para decidir la cuestión por tanto tiempo dudosa del diferente nivel entre aquellos dos mares, que los físicos Parrot y Engelhard fijaron en 300 piés segun sus observaciones barométricas inexactísimas.

Ayuntamiento de Madrid

"Nuestros viajeros, los M. M. Von Fuss, Sabler y Sawitsch, acabaron el 23 de octubre su laboriosa tarea. Posteriormente he recibido su diario y sus relaciones fechadas el 31 del mismo en el lugar de Tschernoi-Rynof, cerca de la parada de Kolpitschja (en el camino de Killsjar á Astracan.) Los rápidos progresos de la operacion impidieron á los viajeros terminar los cálculos en aquel punto; sin embargo, partiendo de un cálculo preliminar, ya pueden presentar los resultados siguientes: el nivel del mar Caspio es en realidad mucho mas bajo que el del mar Negro, y esta diferencia de nivel no baja de 101 piés 2 pulgadas rusas ó 94 piés 9 pulgadas francesas. Este resultado preliminar podrá sufrir á lo sumo una corrección de 4 á 5 piés. Así está ya decidida esta cuestion importante, y el hecho de la diferencia del nivel en el Océano y el mar Caspio se halla indisputablemente establecida.

MAQUINA DE POLVORA.

Después de muchos años de fatiga y de mayoree chascos, M. J. Smith de Dysart, sostenido por una paciencia y perseverancia raras, dice un diario escocés (*la Caledonian Mercury*), ha formado una máquina de pólvora (Gunponder engine) que mueve con mucha facilidad un peso de 2600 atmósferas por pulgada cuadrada de un émbolo igual á una columna de agua del alto de una milla y un cuarto. A pesar de esta potencia enorme, es tan perfecta la máquina que no deja escapar la mas pequeña porcion de humo por ninguna de sus partes. Es imposible que la persona encargada del cuidado de la máquina, pueda aumentar su poder por ningun medio, y de aquí nace su gran seguridad. M. Smith ha calculado que la economía que se obtiene con el empleo de esta máquina comparada con una de vapor, es de 80 por 100; y el espacio que ocupa la máquina de pólvora es tambien 20 veces menor que el que exige una máquina de vapor.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

ARTE DE BIEN DECIR.

LECCION UNDECIMA.

DEL ENLACE DE LAS PALABRAS.

De las letras.

Entre las cosas mas para sentir que hay en los modernos escritores, una muy comun es el descuido y negligencia en el orden y colocacion de las palabras; pues no enlazándolas en la estructura de las sentencias segun lo pidan el número, la claridad y armonía de sus diversas partes, corre el estilo ininteligible y arrastrado, privándose al idioma de una de sus bellezas esenciales: belleza que se debe juntamente á la suavidad de las vocales y á la energía de las consonantes, á la mezcla de los tonos blandos con los fuertes y sonoros.

Es por cierto maravilla la lenidad que las vocales y semivocales dan á las palabras por sus distintas combinaciones; y de las mas admirables por su encanto y melodía son la *l* y la *m* cuando pintan nuestros dulces sentimientos, como en estas espresiones: *alma mia—con tus labios dulcísimos y puros.* ¿Hay mejores ejemplos de melodía que la repetición y correspondencia de sonidos formados por aquellas letras en estos de

aliteracion ó anomination: *de mi bien á mi mismo doy las gracias—de mí mismo yo me corro ahora?* Para usar de esta figura son necesarios el oído y la delicadeza del gusto, pues está tan pròximo el defecto á la perfeccion que antes se debe al acaso que al estudio tan sabrosa consonancia. Sin embargo para aspirar al perfecto enlace de las espresiones, se ha de evitar escrupulosamente:

Primero: el encuentro de muchas vocales continuadas que enervan el discurso dilatando el sonido, y llaman *hiatus* por la abertura de la boca al pronunciarlas, semejante al bostezo: v. g. *Aludía á Eugenia—Iba á Asia—Cuando la lluvia ensancha el hondo cauce*. Quien sabe de gramática evita el defecto con la *sinalefa*; y si la correccion es imposible, muda de frase. No obstante lo dicho, pueden darse casos en que el ingenioso saque de estos defectos bellezas de armonía imitativa, y entonces salvará las reglas, como cuando Gallegos pinta á Oscar

Ora cruzando la áspera montaña;

ó Lope el siglo de oro, tiempo en que

Ni la cerviz sujeta
al yugo, el tardo buey el campo araba:

en cuyos ejemplos está demás la esplicacion.

Nuestro célebre Capmani ha demostrado en su filosofía de la elocuencia la energía dela repeticion de la *i* en estos otros: *volvieronse contra él deudos, hermanos y hijos—Con crueldad fué tratado siendo pobre y inocente*; pues aquella letra pronunciada con énfasis denota el horror de que hasta sus hijos le ofendieran, ó que siendo inocente trataran con crueldad á un hombre pobre.

Segundo: el roce de las consonantes ásperas que terminan una palabra, con las que principian otra; como la *s, r, z, f, v, &c.* vicio llamado *cacofonía* y que se advierte en el *foco cóncavo*,—*sus sucios sucesos—error remoto—en sus triunfos fia—playas que á ver no volveré en mi vida &c.* A pesar de ello, hay una repeticion de las consonantes duras que hace enérgico el discurso ó imita el movimiento ú el sonido, como en estos ejemplos: *yerma la tierra á hierro y fuego—ro-*

tos del rayo los riscos se derrumban. Y en la pintura de Oscar

Ora cruzando la áspera montaña,
Ora el *torrente rápido* siguiendo,

6 el traductor de Alfieri en el Orestes:

rápido rueda el carro en remolinos
terminando con el bellissimo verso

del Olimpo
ronco retumba el cóncavo sonoro.

Y tercero: la reunion de asonantes y consonantes llamada *sonete* por el sonido acompasado que martillea el oido y que solo se permite cuando la claridad ú otra belleza mas importante se perdieran. ¿Mas quién tolerará al que dijo: *esos ecos lejos suenan?* Muchas personas culpan de nimiedad al precepto ya por su mal oido, ya porqué Cervantes y Granada le infringen con frecuencia. No reparan que lo hacían para llenar el número oratorio, y olvidan que á pesar de que á aquellos maestros de la lengua les fuesen permitidas algunas licencias que solo á los de grande ingenio se conceden; si son acredores al elogio, no por eso estan libres de la crítica cuando faltan sin motivo á las reglas de la elocucion.

Todos estos errores se evitan por la correccion. Mas existe uno generalizado y cómodo que estriba en creer que limar las obras es privarlas de su naturalidad. Desengañémonos: si en un escrito se trasluce la lima, no está bien limado; y si con frecuencia se ve el arte del orador en lo estudiado del estilo, consiste en lo poco asequible de la *difícil facilidad* de los grandes maestros que á menudo consiguieron por su constancia en el trabajo. Para ser elegante y elocuente, imítese el afán de los que percibiendo lo mejor, nunca creen haberlo hallado. Quien compone de prisa se asemeja en su obra al araña del chistoso Iriarte y no conseguirá formar la seda. Consultar amigos, que no lisongeen, sobre los defectos de nuestras obras; es una práctica saludable que aleja los prestigiadores reclamos del amor propio, y á ella se debe el mérito principal de las producciones mas afamadas.

DE LAS PARTES DE LA ORACION.

Todas deben referirse á algun miembro del período, y la mas insignificante adquirirá valor si está bien colocada. Lo veremos latamente al tratar del número oratorio, bastándonos por ahora saber que á la exacta proporcion de las partes, se debe la hermosa configuracion del todo, y así Apeles no se desdeñó de corregir la cinta de un zapato. Pues aunque se diga con verdad que en una obra interesante y útil se toleran los descuidos, bastando que en ella lo bueno sobrepueje en mucho á lo malo, para que se perdonen los defectos; esto no impide que lo sean.

Del adverbio.

La gramática está muy lejos de esplicar con exactitud el valor de esta parte de la oracion, comparado con el del adjetivo. El adverbio debilita el discurso, porqué retarda con su larga pronunciacion el giro de la frase, y porqué determinando el modo no se identifica con el objeto, como el adjetivo que señala sus cualidades. *Permanecía tranquilo en medio de la tempestad*, es mucho mas enérgico que *permanecía tranquilamente*, y ninguno negará que *respondió amoroso* es mas expresivo que *respondió amorosamente*. Anda con cuidado no es lo mismo que *cuidadosamente*.

Como adjetivos del verbo, deberán colocarse á la menor distancia posible de aquel á que se refieren, pues dañan separados al sentido de la sentencia. Se colocarán con habilidad, ya eligiendo el lugar donde hagan mas impresion, ya donde no embaracen el curso de los pensamientos, ni dañen á la armonía de las palabras.

Por no reparar en esta regla, critica Munurritz á Mariana en su retórica, por aquel párrafo en que á nuestro entender elegantemente dice: "Muchas veces el vulgo con sus malicias oscurece la verdad, por ser los hombres inclinados á juzgar lo peor en las cosas dudosas; en especial cuando se atraviesan causas de envidia y odio." Quiere que el modo adverbial *muchas veces* se coloque tras del verbo, y se diga: "El vulgo con sus malicias oscurece muchas veces la verdad," como si el oído de Mariana no se resintiera del *oscurece muchas veces* del bueno de Munurritz.

Del adjetivo.

Este podrá anteponerse ó posponerse al sustantivo, segun lo exija el aire de la frase, cuando no califique propiedades inherentes á la cosa; v. g. *caballero generoso* ó *generoso caballero*. Si las califica, es forzoso anteponerle, como en *manso arroyuelo*, *cándida azucena*, *fiero tigre*. Pero si el adjetivo por su colocacion muda el sentido de la frase, sería desconocer la lengua no usarle de modo conveniente. *Buena vida*, *buen ciudadano*, *varios papeles*, *herida mortal*, &c., son por ejemplo tan distintos para los españoles, de *vida buena*, *ciudadano bueno*, *papeles varios* y *mortal herida*, segun esclareció Capmani; como la *femme sage* y la *sage femme* para los franceses. Por este estilo se hallarán multitud de frases en nuestros oradores.

De los epítetos.

La diferencia que existe entre los epítetos y los adjetivos, estriba esencialmente en que comprendiendo los primeros todos los segundos, tienen un sentido mas genérico y pueden ser nombres sustantivos llamados de *adposicion*, complementos indirectos é incidentes; de manera que todo adjetivo es en rigor un epíteto y hay muchos epítetos que no son adjetivos. Sea ejemplo: *Bonaparte*, *hijo de la revolucion*, en cuyas espresiones, *hijo de la revolucion*, es ciertamente un epíteto que no contiene ningun adjetivo.

Entre los epítetos hay algunos que juntamente señalan y definen la cosa, como *moral evangélica*, *gloria eterna*, *cuerpo humano*, donde el sentido vago de *moral*, *gloria* y *cuerpo* se concreta y define con los adjuntos. Tambien se toman como superlativos cuando señalan la calidad preeminente del objeto, si el uso general lo autoriza: v. g. el *justo*. Arístides, la *docta* Atenas, la *opulenta* Tiro. En cuanto á los aumentativos y diminutivos pocas veces deben emplearse, aquellos por ser demasiado vulgares, estos porqué afeminan el discurso.

Deben desecharse como signos de mera verbosidad y mal gusto, los epítetos que no realcen el sujeto añadiendo alguna idea al sentido de la frase, de modo que segregados pierda mucha parte de su mérito, y así no se dirá *blanca nieve* ni *duro*

mármol, pues no hay naturalmente nieve de color ni mármol sin dureza. Pero en este ejemplo: “el *temerario* Carlos XII pereció en el peligro que buscaba,” si se quitase la palabra *temerario*, se perderían la fuerza de la frase y el sentido. *Carlos XII pereció en el peligro que buscaba*, parece significar que en cierta ocasión buscó un peligro donde morir y que lo consiguió. La palabra *temerario* diversifica la idea, descubre su carácter natural, su heroísmo, y que no pereció deseándolo, pues nunca quizás pensaba menos en la muerte.

Además, deben tener relación con las cosas á que se aplican: de manera que aunque Carlos fuera generoso, como en realidad lo fué; sería incongruencia decir: *El generoso Carlos XII pereció en el peligro que buscaba*. ¿Que tiene que ver la generosidad con la muerte?

También deberán pintar en todos casos la imagen propia del hecho ó de la cosa, pues si hay otro que le venga mejor, indica poco estudio de la lengua ó descuido, no usarle. Carlos de Borgoña declaró la guerra á los suizos por la terquedad de su carácter vengativo é imprudente. Si alguno dijere: “*El imprudente* Carlos de Borgoña perdió en los cantones suizos la fama que le dieran sus victorias,” ¿sería lo mismo que usando del epíteto vengativo?

De la misma suerte han de evitarse los comunes. Menos aun se multiplicarán en la versificación ni en la prosa; ahuecan el estilo y fastidian por su monótona cadencia. Verdaderos rípios en aquella ¿cómo se tolerarán en esta?

Por último, nunca se deben acumular en un mismo objeto sino cuando se trate de enumerar sus cualidades, lo que se hará con orden, no aglomerando los incompatibles sino con la limpieza de Rioja, que en su epístola á Fabio dice así, hablando de la fruta:

Flor la vimos primero, hermosa y pura
Luego materia acerba y desabrida
Y perfecta después dulce y madura.

¡Cuán fina graduación! qué analogía en los epítetos! Todos se esfuerzan mutuamente y las ideas son tan conexas como las palabras que las pintan.

SECCION CUARTA.

COSTUMBRES.

MARIANO O LA EDUCACION

CUARTA PARTE.

El celeberrimo Moro (celeberrimo porqué es muy conocido en su casa,) que á costa de sudores y tareas nos recoge los materiales de esta admirable cuanto provechosa historia, debe de ser, si yo no me engaño, un morillo de cinco al medio, de estos que han de trotar como mula de alquiler, y echar la gota tan gorda si han de yantar alguna cosa; por lo que no es extraño que olvidase, no sé cuantos meses, al pobre Mariano en la Cabaña, y que haya muy bien sus setenta dias que le tenga de camino con sus padres para el cafetal de.... á donde sin duda llegó á los setenta minutos de salir de la famosa taberna de que se habló en la tercera parte; pero lo repito, este pobre Moro trabaja como si fuera cristiano, y necesita del tiempo para buscar la pitanza; por lo que no hay mas que dos partidos que abrazar con su respecto, ó tomar los fragmentos de esta historia cuando Dios nos los depare, ó no hacerse caso ni del compilador ni de sus fragmentos, como verosíblemente sucede á las diez y nueve vigésimas partes de sus lectores.

¡Terrible ley de la naturaleza, dice pues, continuando el docto Moro, es la que hace provenir el bienestar, y aun la existencia de los seres, tanto en lo físico como en lo moral, de la desgracia y aun del aniquilamiento de los otros! Los trastornos, los terribles destrozos de Sto. Domingo, esa obra de horror debida sin duda alguna á la imprudente y necia filantropía de los corifeos de la revolucion francesa, hizo trasladar á nuestro seno los capitales y la industria de muchos colonos, que con los restos de su fortuna, con sus fieles siervos y con la esperiencia en el cultivo de la preciosa planta del café, vinieron á aumentar prodigiosamente las riquezas de esta tierra de bendicion, y á embellecer una gran parte de sus territorios con esos hermosos y continuados jardines, pues tales son sin duda los magníficos cafetales que pueblan ya por todas partes la isla, y particularmente la Vuelta de abajo.

Desde que principiaron nuestros viajeros á penetrar por aquellos anchurosos caminos poblados por los dos lados de estas preciosas fincas; desde que descubrió Mariano aquellas prolongadas y eminentes columnatas; pues tal parecen las filas de palmas reales que con tanta elegancia y atrevimiento, que con tanta simetría y pompa, levantan sus ricos follajes como chapiteles corintios y que perdiéndose en una línea recta hasta el horizonte presentan á la imaginacion el cuadro portentoso de las vastas ruinas de las ciudades antiguas, y esa magnificencia de la naturaleza á la cual no hay ninguna que iguale; y cercadas á su pié del verdoso y puntiagudo piñon y del no menos espinoso y odorífero limoncillo que les sirven de vallado: desde entonces pues nuestro héroe quedó como atónito; admiraba porque no podía menos, pero con este despecho del amor propio que se encuentra burlado en su menosprecio, deseando descubrir defectos é inconvenientes, á pesar de que por todas partes no le salían al encuentro sino bellezas y encantos.— ¿Qué tal? qué tal? preguntaba D. Vicente.

—¡Eh! tal cual, aquí hay algo! exclamaba el mozo con desden.... sí, ¡pero aquellos parques de Europa!

—Están pelados y horrorosos en estos meses, respondió vivamente su padre, y en lugar de café, piñas y plátanos, producen castañas y bellotas.

—¡Vaya si está vd. severo! contestó un poco humillado Mariano, como á quien le dan duro y le dan con razon.—En este momento llegaban á la talanquera del cafetal á donde se dirí-

gían, y en la que un negro viejo y arrugado en su estrecho bo-
hío en que apenas cabían él y el fuego que tenía por delante, se
arrodilló delante del quitrín de Da. Marcela, pidiendo *la ben-
dicion señora*, y después lo mismo con D. Vicente, quien á
la bendicion mi amo, respondió gravemente, *Dios te haga un
santo*, acompañando su religioso y paternal saludo con un medio
que el negro recogió del suelo besándole una y mil veces. La
guarda-rama por donde penetraron, era de tres calles: la de en
medio anchísima, tapizada de la verdosa y útil yerba de gui-
nea y cercada de los pomposos y acopados mangos, y de adel-
fos con sus hojas de un verdor oscuro, y alternando con órden
naranjos casi siempre cargados ó de sus dorados frutos, ó del
blanco y oloroso azahar: las dos calles laterales tenían palmas
reales por la parte de los cuadros del café, y los mismos mangos
con sus frutas tan funestas cuando están verdes, y toda la lo-
zanía de esta vegetación vivificante que anima á las plantas en
todo el país, y con especialidad en estos deliciosos parajes.
Mariano callaba, D. Vicente le reconvenía dulcemente y como
quien teniendo mucha razón se compadece de su rival abatido:
la mamá también embromaba al incrédulo joven que ni soñaba
pudiesen existir campos tan deleitosos en su desdeñada patria.

Como á la mitad del camino ya salieron al encuentro de
los viajeros que llegaban, los dueños del cafetal y otras
personas que los acompañaban: se veían jóvenes en lige-
ros caballos, se oía el ruido de los perros, los gritos femeninos
que por alegría ó por pesar siempre suelen ser penetrantes y a-
gudos; en una palabra, la algazara festiva y hospitalaria de las
fincas del campo, donde no solo se recibe bien á los amigos, y
al que se presenta á los umbrales de la puerta, sino hasta con
alegría y afección. Antes de pasar mas adelante juzgo oportu-
no dar algunos pormenores sobre las personas que vamos á en-
contrar en tan íntimo contacto con la honrada familia que has-
ta ahora casi exclusivamente ha llamado toda nuestra atención.

Principiaremos por la hija mayor, de dos huérfanas de madre,
que con su viudo padre estaban de temporada en aquel cafetal
que era propiedad de este último: llamábase Da. Paulita: ha-
bía caído en todos los excesos del romanticismo; y sus lacios
tufos, su color pálido, su extrema palidez y un lente sempiter-
no de dos vidrios, que si me tomaran juramento diría que mas
bien estorbaba á su vista que la facilitaba, la tenían casi siem-
pre en una *revertía*, en un arrobamiento que la transformaban

en un ser aéreo que apenas pertenecía á este mundo *grosero*; no se dignó mirar á D. Vicente, el hombre menos poético de él; tampoco á Da. Marcela, señora clásica á macha martillo, si por clásico se entiende lo que ya pasó de moda; pero el jóven Mariano... sus gafas, su corbata desordenada y con un grueso nudo, y sobre todo los claros y rubiatos pelos de su cara puestos todos á contribucion para constituir siquiera la puntiaguda barba de un chivo de dos años, todo, todo excitaba *tier-nas simpatías* en la distraída pero esbelta señorita.

Otra de las hermanas, mas jóven, quizás mas linda, sin duda mas natural, y sobre todo que no tenía á menos ser mujer como las demás, se llamaba simplemente Ramoncita, y era acaso y sin acaso mucho mas viva y juguetona que no conviniera á una niña de su clase. Su padre se nombraba el Sr. D. Telesforo, hombre amable á quien no le faltaba instruccion, pero le sobraba mucha de esta condescendencia de carácter que es tan agradable cuando nace del convencimiento de que ha de accederse á todo lo que no debe uno racionalmente rehusar, pero que degenera en debilidad, y aun en indiferencia por lo bueno, cuando proviene de una apatía natural, y de una pereza culpable del alma que se asocia las mas veces con la del cuerpo. Yo no sé á que clase pertenecía la de D. Telesforo, pero él mas bien quería que le dejaran vivir, que no el que le pusiesen obstáculos en el curso de su placentera y holgada existencia; y con bienes heredados bastante considerables, no se cuidaba de nada, ni aun de sus hijas, que cada cual seguía por el camino que mejor le parecía, y el papá hombre nuevo todavía, encontraba que tenían razon, y que eran las mejores muchachas del mundo. Los otros personajes eran huéspedes: una Da. Sinforosa, viuda rica y parienta de la mamá que perdieron las niñas de D. Telesforo; D. Carlos, militar que había ya olvidado todo lo concerniente á su antigua carrera, menos los bigotes á la antigua, con algunas canas para hacerlos mas clásicos, y el resto de la cara peladita como una manzana, por lo demás hombre excelente para una broma de un cafetal, y el mayor tresellista de la comarca, si se exceptúa al Sr. D. Telesforo que había pasado los 30 años de sus 45 casi exclusivamente ocupado en *matar el tiempo* con la espada y el as de oro. Había además dos jóvenes aprendices de romántico que sabian declamar muy bien, segun luego supimos, porqué lo hicieron muy mal; quiero decir porqué ahuecaban mucho la voz

del modo mas fastidioso del mundo, se plantaban como la sota de bastos en medio de la sala y manoteaban á manera de energúmenos; pero dije que muy bien, porqué los aplaudieron mucho los concurrentes: llamábanse Casimiro y Ernesto, y solo se conocía su vocacion romántica por los dos mechones lánguidos y peguntosos que les bajaban hasta la boca, pues aun eran barbilampiños, y parece que no correspondían á los míopes ni á los presbitas, pues usaban de sus ojos libre y francamente como sucedía antes á casi todos los mozos de 17 á 18 años.

Me se olvidaba hablar de un hombre modesto, casi sesenton, que era eclesiástico, segun vi luego, que apenas se mezclaba en la bulliciosa conversacion, y que sin embargo consideraban mucho D. Telesforo y D. Vicente y no menos nuestro D. Carlos, que retorciéndose el bigote, y limpiándose el sudor por su espaciosa cara, iba y venía por todas partes sin dejar de meter su cucharada en cuanto se hablaba, se embromaba, ó se reía; y advertimos que para esto de reidór pocos le ganarían, pues sus carcajadas eran tan gruesas, repetidas y sonoras que contribuían muy bien á aturdir las gentes en aquella barahunda.

Llegaron á la casa todos de rondon, y preguntando y respondiendo á la vez, y procurando mas bien manifestar la dulce complacencia de verse reunidos, que el averiguar lo que cuestionaban y que en mucha parte sabían mejor todavía que aquellos á quienes se dirigían. Sosegados algun tanto, habiendo bebido sidra, ó cerveza, ó agua con azúcar las señoras, ó draque con mas agua que brandi los que gustaban de que su razon estuviese alerta, con mas brandi que agua los que no se cuidaban de su razon; pensaron seriamente en comer, tanto porqué era tarde y no había memoria en aquella finca que á las tres no se hubiese servido la sopa, cuanto porqué en el campo una de las cosas mas importantes que hay que hacer es el comer: estaban en estas y en las otras, cuando se ven en el fondo de la guarda-rama, de la que el batey era el punto de vista, tres caballos con gentiles ginetes, y que no se descuidaban en llegar como quienes no querían perder el puesto en la mesa.—¿Quiénes son?—Pues yo no lo sé, decían casi todos.—Da, Paulita descubrió bastante elegancia en los dos ginetes de delante, y que no pertenecían á estos macizos y clasicotes campesinos que viven por los alrededores; Da. Ramoncita conoció que eran jóvenes, y D. Carlos que el de la izquierda era su sobrino Emilio y el de detrás el negro Baltasar, y que el

otro no había mamado la primera vez ni aquí ni en España. Con efecto la ojeada militar de nuestro capitán retirado, había sido muy segura: Emilio, enteramente restablecido de la herida, y un caballero inglés que se llamaba Mr.... (yo en conciencia, dice el Moro, no sé ni pronunciar ni escribir este apellido) en fin que se llamaba Mr.... con su negro volante á retaguardia venían desde el Rincón á comer francamente á casa de D. Telesforo muy amigo de Emilio y de su familia; pues habiendo atravesado el camino de hierro para que le examinase el caballero inglés que acompañaba á Emilio, creyó este que una escursión á los cafetales sería muy agradable á su huésped, y le había conducido á donde le constaba que había buena sociedad, y no mala mesa. Inútil sería decir que los recién llegados fueron recibidos afectuosamente y de un modo propio de la delicadeza y atención de los dueños de la finca y de sus amigos; y habiendo reposado todos algun tanto, volvió á levantarse la grita general de á la mesa, á la mesa, y en el momento se puso la alegre comparsa á satisfacer el buen apetito que el ejercicio excita cuando se camina y que el aire del campo aumenta.

Colocados oportunamente, y pasado el momento de silencio de la sopa y de los primeros platos, en que no se piensa sino en satisfacer el hambre; luego que se bebieron los primeros tragos para desengrasar las gargantas, empezó el tiroteo de una conversacion animada, y habiendo Da. Paulita ofrecido agua al Mr.... inglés, este le respondió cortesmente que no era de la sociedad de la Temperancia, y que aunque jamás se embriagaba, creía que era un desaire muy chocante el no beber *burdeos*, cuando le había bueno, después de un pedazo de carne.—D. Carlos dijo que tenía razon aquel caballero; y que nada le parecía mas ridículo como el que un jóven se apipara de agua habiendo vino en el mundo y cuando menos cerveza.

Perdone V., contestó el caballero inglés, esta sociedad de la Temperancia no ha dejado de producir saludables efectos, yo no estoy por ninguna exageracion, y ya he dicho que no opino el que se arranquen las cepas y los viñedos; pero si se lograra que muchos de mis paisanos en particular se contuviesen en los excesos de la bebida, como con efecto hasta cierto punto se va consiguiendo, el resultado sería de muy ventajosas consecuencias.—Emilio: añadió, esto es claro, y el hábito de no beber, sea por este, sea por el otro motivo, ó á lo menos de moderarse, evitaría en gran parte la embriaguez ó la relegaría á las

últimas clases de la sociedad, porqué á mi ver, no hay un espectáculo mas odioso que el de un hombre de buena educacion entregado estúpidamente á este vicio de degradacion y embrutecimiento.—Da. Ramoncita tuvo entonces la feliz ocurrencia de proponer un brindis á la salud de todos los que no se emborrachasen mas. Bastante se reyeron todos de la graciosa idea y bebieron con efecto por tan santo fin, y por refrescarse las fauces y calentarse las molleras. Pasado este incidente dijo el eclesiástico, de que hemos hablado mas arriba: la cuestion que han suscitado esos señores es mucho mas importante, á mi pobre juicio, de lo que parece á primera vista. Por desgracia, se cuida mas de instruir á la juventud en el dia que no de educarla: lo que menos se piensa es en el hombre, con tal de que se le rellene la cabeza de nociones mas ó menos útiles...—Y perdone V. dijo el inglés, mas ó menos necesarias: lo mismo sucede aquí que en mi tierra, los países civilizados son los peores para esto.—Con efecto, continuó el eclesiástico, mucho hay de lo que V. dice: los antiguos no eran así, y cuidaban infinito de apropiiar los hombres para la sociedad en que tenían que vivir; los educaban con ahinco, y las leyes y los principales magistrados se honraban mucho y se esmeraban en dirigir esta importante educacion: las ciencias y las artes se aprendían privadamente, y no pocas veces fueron la ocupacion de hombres oscuros, si se exceptúan las sectas filosóficas en Atenas, y luego después cuando la degradacion en la antigua Roma. Los europeos, los cultos americanos casi no se cuidan de educarse del modo mas conveniente para conseguir virtudes públicas y privadas: saben mucha química, y muchas matemáticas, y lo que peor es, muchas ciencias de palabreras; pero ninguno de estos pueblos tiene fisonomía propia, todo está confundido en los individuos, todo lo está del mismo modo en la reunion de ellos; así pues cuando por espíritu religioso, ó de sana filosofía, se forman asociaciones con objeto de purificar las costumbres, de sacar á los hombres de los extravíos, y de habituarlos á lo bueno, á lo justo, deben aplaudirse mucho semejantes instituciones, que suplen tanto lo que nos falta en la parte de la educacion.—Sin embargo padre, V. me permitirá que le observe, dijo D. Telesforo, que no se mira la educacion en un estado tan deplorable como V. la pinta; yo pasé mis primeros años en el famoso colegio de Sorez, y puedo asegurar á V. que éramos mas de 300 los que nos educábamos allí...—

¡En el colegio de Sorez! dijo Mariano con cierto aire de desden; no es por cierto de los mejores, está al medio día de la Francia, se halla en los departamentos de la línea negra del Barón Dupin; para hablar de educación es menester buscarla en el Norte, allí, allí podría convencerse el padre de si se sabe educar en nuestros días ó no.

Nonos entendemos, respondió el eclesiástico; yo no quisiera transformar la mesa en una sabatina de estudiantes de filosofía. —A la verdad repuso Da. Sinforosa, que para señoras la conversacion es muy divertida—Da. Paulita dijo: conforme, tia mia, las que han gustado de ilustrarse....—Da. Ramoncita manifestó que era de la opinion de su Sra. tia, y para esto interrumpió un diálogo muy animado que había tenido con Ernesto, quien á media voz le recitaba unos versos amorosos de Manrique del Trovador.—Emilio observó que no se había comprendido bien al padre, confundiendo, como generalmente sucede, la educación con la enseñanza; y que precisamente de esa confusion era de lo que se quejaba muy oportunamente.—D. Carlos contestó que lo mismo eran ocho que ochenta, y que no le persuadirían cuantos aran y caban de que en unos tiempos en que se enseñan tantas cosas, la educación no esté brillante.—Si Vd. no ha de incomodarse dijo el inglés, podré observar que ese respetable eclesiástico ha distinguido muy claramente las nociones que se dan en las clases, que ha considerado excesivas, y yo aunque con menos ciencia he manifestado la misma opinion: pido la crianza varonil, sana, activa, adecuada sobre todo á las leyes y á las costumbres del país en que se ha de vivir—Ya caigo yo, exclamó D. Telesforo; es verdad, algo de esa educación hay tambien por acá; me acuerdo que cuando chiquito me enviaron mis padres á Sorez para que no saliera como los hijos de la tierra—Aquí interrumpió Da. Marcela á D. Telesforo con un profundo ¡ay! que comprendieron muy bien Mariano y D. Vicente....—¿Y como diantre preguntó D. Carlos, querían sus padres que saliera vd.?

—Que se yo, ni ellos tampoco lo sabían, pues nunca estuvieron en Sorez, que, como nos acaba de decir Marianito, es de los departamentos con raya negra del mapa de Mr. Dupin.—Bah, dijo Mariano, ¿quien ignora que el medio día de la Francia es casi la España, y que esta está bien atrasada?—Pues no deja de ser bastante curioso exclamó el padre, saber que Sorez está ni mas ni menos que en la antigua Libia; pero

Sr. D. Telesforo, mas importante que estas aventuras proposiciones sobre pueblos y naciones que recuerdan hechos tan grandes, y que han contribuido tan activamente á la ilustracion del género humano, es que nos diga vd. si sus padres se salieron con la suya? Si lograron que vd. fuera cualquier cosa, menos cubano?—Nada menos que eso, respondió D. Telesforo, volví, estuve unos cuantos años muy empalagoso haciendo dengues y ascos á cuanto veía,—(aquí se puso Mariano muy encarnado), y después me entregué al tresillo, á mi butaca, á mis gallos ingleses, y ande la gaita por el lugar.—¡Pues quedó airoso su padre de vd! exclamó Da. Marcela, con una cierta risita burlona, que D. Vicente no podía ya soportar.

En esto se levantaron para fumar y para que preparasen la mesa de postres, y los concurrentes se dividieron en diferentes grupos, cuyos coloquios quisiera yo contar con todos sus pormenores, pero me falta el tiempo y el papel. No obstante ocupáremos por fin de fiesta de lo que hablaron en el que se formó del inglés y de Emilio, con el padre, D. Telesforo y Casimiro uno de los dos mozalvetes de que se habló en su lugar: este pues, dije con aquel aire de suficiencia que sienta tan bien á un muchacho de veinte años, y con esta resolucion que está tan de moda en el enjambre de doctores imberbes que pululan por calles, plazas y estrados, que no han saludado á derechas un libro, y sobre todo que no han hojeado todavía ninguna de las páginas del gran libro del mundo que á cada paso les ofrece después un amargo desengaño, y les hace poner de dos mil colores, al considerar sus traspiés continuos y la pedantesca y fatua arrogancia de sus primeros años: el tal Casimiro pues, preguntó á aquellos señores, si estaban enterados de la grave discusion que agitaban los papeles públicos sobre la famosa cuestion de orden de si ha de preceder en el estudio de la filosofía, la lógica á la física, ó vice-versa:—Para mi, continuó, no cabe la menor duda de que antes es menester saber pensar, que pensar, y que mal puede entrarse en el santuario de las ciencias, sino por la puerta del raciocinio y del juicio.—D. Telesforo fué el primero que contestó al jovencito, que ya no dudaba, diciéndole que demasiado había dado á Belcebut la tal cuestion de orden, pues los contrincantes bien podían tener ó no razon, pero que no eran lacónicos en sus discursos; y no pocas veces después de seis ó siete columnas de cosas ininteligibles para él, se encontraba sin mas ni mas, con la renta real de cor-

reos, ó con un negrito que se había fugado de casa del amo.— El padre aseguró que la cuestion era bastante interesante, y exigía precisamente desenvolver doctrinas, sentar principios, resolver argumentos de los contrarios, y en fin, estenderse oportunamente para llenar el objeto propuesto; aunque haya de confesarse añadió, que tales discusiones son la muerte de los diarios y hojas sueltas, y están en su lugar en las revistas y otras publicaciones mensuales, que leen mas los que gustan de estas materias. En cuanto al fondo de la cuestion, yo no tengo la decision de Casimiro en punto tan delicado, añadió; dudo mucho, y vacilando y con bastante recelo asentará lo que juzgo. Las ideas generales no deben á mi modo de ver, ser las primeras que suministremos á los alumnos, porque es invertir el órden de la naturaleza; sus ideas son particulares, físicas, materiales, las que van constituyendo nuestra razon, y en todo lo que queremos enseñar imagino que acertaríamos si no nos desviásemos de estos principios; proceder de lo particular á lo general, é ir aplicando las nociones á cosas que palpemos y estén enteramente á nuestro alcance, como sucede con la física particular, cuidado que yo no hablo de la general; así sucesivamente iríamos aprendiendo á pensar, porque es menester no engañarse, ningun libro de lógica tiene el privilegio de inspirarnos esta enseñanza, y después que multitud de hechos particulares nos hayan puesto en situacion oportuna, nosotros generalizaremos, y haremos abstracciones, aprendiendo por conclusion, á discurrir; porque habremos caminado del mismo modo que la naturaleza.—Yo respeto mucho la opinion de este sabio eclesiástico, dijo el inglés; pero juzgo que no debía darse tanta importancia á esta cuestion: todo consiste en el libro elemental que se llame lógica, y en el que se titule física; si estan bien hechos, si se enseña bien, y no como una pura fórmula, si están compuestos bajo los principios que ha probado el padre que son los de la naturaleza; lo repito, la cuestion es puramente de nombre, y entendiéndose así creo que los dos partidos se darían muy pronto las manos.

En esto se gritó, ¡los potres, á los postres! y todo el mundo volvió á aquel delicioso recinto en que las flores, los cristales, las luces, la variedad de dulces y de frutas volvían á excitar el apetito ó por mejor decir la gula. Dejémoslos pues, que no quedan mal entre brindis y conservas y hasta la quinta parte, si Alá quiere, dice el Moro.

SECCION CUARTA.

POESIA.

SONETO.

EL NAUFRAGIO.

El Sol con negras nubes enlutado,
de la borrasca oyéndose el bramido,
del mar el turbio seno embrabecido,
con crespas ondas se alza alborotado:

Corta el fragil bajel arrebatado
de áspero viento el golfo enfuracido,
y escúchase confuso el a'rido,
si en las ocultas peñas ha tocado:

De silencio y terror hay un momento....
el sañoso huracan rompe la antena,
de ayés tristes se pueblan mar y viento:

Desciende luego hasta besar la arena,
se levanta después al firmamento,
hándese... y solo un eco sordo suena.

EL OCEANO.

Brama mar, y sosegado
 escucharé tus bramidos,
 que no teme un desgraciado
 los amagos de la mar;
 mientras que tus boquerones
 vomitan lagos de espuma,
 yo quiero con mis canciones
 alimentar mi pesar.

El ambicioso que llena
 anchas fragatas de plata,
 la codicia le condena
 á lanzarse al huracan;
 y al ver espuesta su usura
 á la merced de las olas
 tal vez teme la brabura
 y ruega á Dios con afán.

Yo nunca mar, nunca el *oto*
 me costará una plegaria,
 no; mi lira es mi tesoro,
 mi querida mi ambicion,
 y en tanto que alzas bravía
 gigantes torres de espuma,
 yo á la hermosa virgen mia
 consagro mi inspiracion.

Tal vez á vientos muy malos
 suceden calmas y calmas,
 dan las velas á los palos
 con pausada gravedad:
 la corredera no se echa,
 el bergantin se ha dormido,
 ni una cabrilla se asecha
 por toda la inmensidad.

Luego con paso altanero
 adelántase el chuvasco,
 sale el oscuro pampero
 que presagia el temporal.
 El capitan blasfemando
 manda dar rizo á la gavia,
 yo en tanto sigo cantando
 al run, or del vendabal.

Y, cual pajar, el barado
por el aire se levanta,
el intrépido dorado
va, como un dardo, tras él.
El perseguido se ciega
y del bergantín se ampara,
para evitar la refriega
con su enemigo cruel.

Vasto cetáceo pasea
con magestad la llanura,
al rededor olfatea
el hambriento tiburón;
aguarda á algun desgraciado
con siete andanas de dientes,
y con su objeto cebado
sigue detrás del timón.

¡Y estos celajes de fuego
que terminan tu horizonte,
que desaparecen luego
para volverse á formar:
que ya asemejan ciudades
con torres y minaretes,
ya ardientes concavidades
de un infierno sobre un mar!

Oh mar! y si vieses ahora
desaparecer tus aguas!
Moribunda la albacora
tendida en el arenal!
Si en la muerte de un instante
se secasen tus abismos,
y cruzase el elefante
por tus montes de coral!

Si vieses las poblaciones,
que voraz has absorbido,
descubrir sus torreones
llenos de musgo tal vez!

Viese edificios suntuosos,
riquezas de orin cubiertas,
mil esqueletos musgosos
medios roídos de un pez!

Si descendiese á esta tumba
dó tal vez yace otro mundo,
que sacndido retumba
con tu choque bramador!
Tumba terrible do el hombre
hasta pierde sus cenizas,
sin dejar siquiera el nombre
para un recuerdo de amor!

Mar inmensa! no me inspira
 tu sublimidad grandiosa,
 no, las cuerdas de mi lira
 las ha templado el dolor:
 si tus grandes perspectivas
 hay poetas que las cante,
 tiene miras mas altivas
 que este pobre trovador.

A. RIBOT.

A bordo del Guadalete
 golfo de las damas.
 Año de 1837.

A MI CORAZON.

Corazon ¡de qué me sirve
 esta aureo—luciente lira,
 si en vez de cantar suspira
 dolientes ayes mi voz?

Qué te valiera, ¡cuitado!
 que con mi voz querellosa
 una cantiga amorosa
 cantase á mi ausente amor?

Y le pintara en mis versos
 la tristeza que te aqueja,
 la amargura que nos deja
 esta ausencia, corazon!

A qué contarle mi llanto
 ni tus angustias secretas,
 si diz que de los poetas
 fingimiento es la afliccion?

Y pues que necios lo afirman,
 y tal vez Ella lo piensa,
 oculta tu pe a intensa,
 ¡ay! escóndela por Dios.
 Y en solitario retrete
 sin ver de nadie escuchados,
 nosotros los lastimados
 lloremos nuestro dolor.

Hagamos ¡muy triste duelo
dando al pesar larga rienda,
y aunque Ella nunca lo entienda
gimamos á un mismo son.

Que no por ser conocida
del esclavo la vil peña,
se aligera su cadena,
ni logra consolacion.

Lloremos, corazon, ¡lloremos juntos;
y en esta triste y olvidada lira
caiga rompido el llanto,
é hiriendo el oro que sus cuerdas teje,
un ruido forme que algo se asemeje
á lánguido y lejano, aéreo canto.
Mas no solo gemir será mi empleo,
que á quien sus males siente
le es grato en misterioso devaneo
navegar por el mar de la esperanza,
y halla placer y holganza
en llorar y cantarlos juntamente.
Así tambien en la profusa selva
de las móviles hojas al murmullo,
el ave mezcla á su trinar alegre
un quejumbroso y dolorido arrullo.

Cantemos llorando ahora
que silenciosa la luna,
de todo el mundo señora,
se espeja en el ancho mar.

En ese mar que adormido
tan lánguidamente ondea,
que su murmurio recrea
sirviéndonos de compás.

Ella tambien quizá duerme
sin tener mas compañía
que aquella inocencia inerme
que el alma nos cautivó.

Su inocencia encantadora
que es el ángel que la guarda,
y niega á pasión bastarda
posada en el corazon.

Y junto á su cabeza,
ya que se aduerme tan sola,
el alma vuela ligera
con la suya á platicar.

Que siendo cual Dios el alma,
de la carne se desnuda,
y es facil que á verla acuda,
quedando tambien acá.

Al contemplarla tan linda
en el descuido del sueño,
imposible es que prescinda
de un beso en su frente dar.

Un beso que no haga ruido,
ni manche su frente casta,—
que á mi tan solo me basta
un beso de amor y paz.

Me basta sí, pues la adoro
con tanto amor y pureza,
como ama en el cielo el coro
de querubines á Dios.

Y á fé que este amor merece;
porqué es rosa peregrina
que de su mansión divina
á perfumarme bajó.

Mas ya la luna se esconde
tras nube espesa y sombría,
y el eco apenas responde
á mi flaca y débil voz.

Contigo se ha disipado,
¡oh luna! el contento mío,—
que es mi placer desvarío
que se deshace veloz.

Y pues que tristes estamos,
y Ella tal vez no lo piensa,
oculta tu pena intensa,
ocúltala corazón.

Y sin cuidarnos de nada,
y aunque Ella nunca lo entienda,
dando al pesar larga rienda,
gimamos á un mismo son.

R. M. y T.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

LA CRUZ NEGRA.

II.

Para saber que es gozar
le falta solo sufrir;
para saber que es vivir
no le falta mas que amar.

J. Z. G. DEL VALLE.

Todo estaba en la gavetita de la cómoda confundido y mezclado. Sortijas, un hermoso rizo de color oscuro, un lazo de cinta que parece sirvió en la cabellera de una dama en otro tiempo, por lo ajado; algunas flores marchitas, secas; una infinidad de cartas. De estas últimas llamáronme la atención en primer lugar señaladamente aquellas que noté estaban escritas de prisa, con lápiz y de letra de mujer, que sin embargo de ser bastante legible, no era suelta, que digamos. La primera que pasó por mis manos y por mis entonces devoradores ojos, que ansiaban leerlas todas de un golpe, decía de esta manera:—

Cafetal Felicidad 10 de abril, á las doce de la noche.

“Mi querido Alfonso: te escribo con el mayor sobresalto y trabajo que puedes imaginar, porque no tengo mas luz que que la de un cocuyo, ni otra mesa que mis rodillas, ni otra pluma que un mocho de lápiz; pero te escribo, que tengo muchas cosas que decirte y no veo la menor probabilidad de que hablemos, y quien sabe ni de escribirnos como hasta aquí. Voy á contártelo todo, todo mi bien. Perdona, Alfonso, si soy demasiado débil; pero mi corazón necesita ahora mas que nunca del tuyo para que me ayudes á soportar la carga del dolor, que por primera vez me abruma y anata.

“Ayer por la tardecita, como de costumbre, salimos á pasear por la guarda-rama de los pinos, en vuelta de la tumba, Rosa, Catalina, Inés y yo: papá había ido á una diligencia á S. Antonio, y mamá sintiéndose indispuesta de la cabeza no quiso acompañarnos. Cerca del cuadro de cafetos que nombran de los anones, encontramos al negrito Pio, que volví del trabajo con una canasta llena de café caído en la cabeza. Catalina le mandó que la dejara en el suelo, para que nos tumbasen unas naranjas y caimitos, que ya empezaban á madurar. Haz de advertir que nosotras habíamos salido mas tarde que nunca, pues solo nos decidió á dar el paseo, del que ya habíamos desistido, el interés de los caimitos. El sol, entre muchas nubes de color de fuego, moradas y cenicientas, se iba escondiendo á toda prisa, y esto nos obligaba á andar de carrera, pues estábamos bien distantes de la casa y solas. Yo á pesar de eso, mientras mis hermanas se entretenían en pelar las naranjas, y mientras le indicaban á Pio con el dedo los caimitos que debía tumbar, siguiendo el vuelo de dos tomeaguines de collarito negro, macho y hembra, me interné en un cuadro de cafetos, tan sin tino y embobada, que sin saber cómo ni cuando, vine á dar en el bohío del guardiero Campana. En el bosque de cañas brabas, que como tú sabes rodean dicho bohío por detrás, se pararon los tomeaguines, y yo me paré tambien: empezaron á hacerse caricias y á peinarse el uno al otro como dos niños, y yo sin saber porqué me puse triste, y no pensé en el lugar en que me hallaba, ni qué hacía. Antes de quererte, no lo digo por nada, pero yo no me acuerdo haber pensado en el amor de los pájaros: no veía en ellos mas que su canto y el color de sus plumas. Ahora me embelesó tanto la ternura con que se chiqueaban, que á no ser por un ruido extraño y sordo que sentí á mis piés, como de un majá que se arrastra por el suelo, allí me cogió la noche. Figúrate como me quedaría yo, que cualquier insecto me asusta. Antes de que pudiera volver la cara, me echaron garra por los piés, con peligro de hacerme caer. Yo di un grito, la sangre toda se me agolpó en la cabeza, y para no venir al suelo me abracé al tronco de una caña, ya sin aliento, muerta. Todavía me dan temblores. ¡Cuál no sería mi asombro, mi espanto, al reconocer en el objeto que se arrastraba y me apretaba en sus manos, al mismo guardiero, que ya de rodillas y todo compungido y lloroso, me pedía por Dios y sus santos que le sirviera de madrina, pues le iban á castigar! Mi primer

cuidado fué pedirle que me soltase. El lo hizo al instante y con las manos juntas, ceniciento el rostro, y tartamudeando:—Niña, por el amor de Dios, me decía, sírvame sumerced de madrina.—¿Pero qué has hecho tú para que te soben? le respondí tomando cierta distancia.—Nada: yo soy inocente. Yo no he hecho nada, mi amita. Mire sumerced, se lo juro por la Virgen.—Eso no puede ser.—¿Cómo, niña! ¿Sumerced no cree al pobre negro viejo? ¡Ah!...—Acabemos, que se hace tarde y no me puedo detener.—Yo le contaré á la niña... Mi amito... el niño Fernando...—¿Fernando! repetí por lo bajo como el eco en una cueva profunda, y clavé los ojos en el guardiero. El continuó, tomando otro cabo.—Yo estaba sentado á la puerta de mi *bujío* no hace una hora, cuando llegó Eulalio y se puso á conversar conmigo. Le pregunté donde iba, y él me respondió que á... no me acuerdo... á llevar una carta, y sacándola del gorro me la enseñó.—¿Una carta! Una carta! exclamé poniéndome las manos en la cabeza. Prosigne, prosigue Campana.—Ya lo ve sumerced, prosiguió el negro con el semblante lleno de alegría, y el corazon de esperanza... ¿Ahora me cree la niña?—Vamos, acaba. La carta, ¿qué se hizo la carta, dí?—Yo le contaré. Sumerced me va á servir de madrina ¿no es verdad, niña? Yo, como quien dice, he criado á la niña desde chiquitica.—Sí, te serviré de madrina, de todo..., de cuanto tú quieras; pero acaba.—Pues como le iba diciendo á la niña. Estaba sentado en la puerta de mi *bujío*... chupando mi cachimba, niña, sin pensar en nada, niña... sin comerlo ni beberlo, mi amita...—¿Por las llagas de Cristo, Campana!—Cuando llegó Eulalio y sacó de su gorro el papel, y me le estaba enseñando. A poco rato, sentí menearse el café, miré y descubrí el sombrero del niño Fernando entre las matas, que venía en vuelta de nosotros agachándose como gato. Eulalio le vió tambien y del susto se le cayó el papel de las manos. Yo le recogí al momento y le metí en la ceniza del fogon.—¿Y qué sucedió después?—Ahora lo verá mi niñita. Eulalio quiso correr; pero le agarré por una pata y le hice seña con los ojos de que no se meneara.—“El niño Fernando me anda atrás, como perro,” me dijo.—“No tengas cuidado, le contesté.”—Pero negro de Lucifer, en qué paró la carta?—¿Jesus, niña, qué apuro! Allá voy. No pudimos hablar mas porque el niño Fernando ya estaba cerca, muy cerca, y sin decir una palabra, como perro bravo, le echó mano á Eulalio por el pescuezo, le dió un ga-

lletazo, y habiéndole tumbado en el suelo como un pollito, le mandó que le entregara el papel que me había estado enseñando...—; Y le diste..!—No señora... si señora... Ahora verá la niña.

“¡Figúrate mi angustia, mi tormento, mi desesperacion, Alfonso mio, cuando después de tanta posma, rodeos, repeticiones y palabras vacías, vino á concluir con declararme que en efecto la carta que te hacía ayer, cayó en manos de Fernando! Pobre de mí! pobre de tí, mi corazon, mi alma, mi vida, que ya no podrás decirme con tanta facilidad tus penas, ni yo á tí las mias, para llorar juntos..! Y yo que te escribía tantas cosas, pues me dolía el corazon de amarte y la tristeza me traía imaginativa y delirante! ¿Qué no se habrá reido el muy cruel leyendo una carta que solo tú podías comprender y estimar, que solo á tí se dirigía y que solo tu amor me dictaba? Pobre Alfonso..!

“El guardiero continuó hablándome, suplicándome y gimiendo; pero yo no le oía. Aflicida, confusa, loca, con ganas de llorar y sin tener lágrimas que humedeciesen mis ojos y mejillas ardientes y secas, harto hacía con acordarme de tí y con pensar dolorosamente en la suerte que nos aguardaba, y en los medios de que tendríamos que valernos para saber el uno del otro, y en el escándalo que la lectura de la carta traería en mi familia.—Nunca confíe de Eulalio, nuestro portador de papeles y recados, no porqué fuera capaz de venderme, que no tengo queja de su lealtad, si es que se puede exigir lealtad de un esclavo, sino porqué siendo un poco lelo, conversador y amigo de comadrear, lo mas fácil era, como al cabo ha sucedido, que le sorprendiesen con la misiva en la mano. ¿Qué hizo con mi carta, que no te la llevó desde ayer al medio día que se la entregué? A qué tenía que enseñársela á Campana, si no sabe leer ninguno de los dos? Milagro fué que Fernando no le sorprendió con ella mucho antes, pues he sabido hoy que se estuvo hasta las cuatro en el barracon, nada mas que visitando comadres y dejando en abandono el potrero, donde no es otro su oficio, como tú sabes muy bien, que cuidar de los animales. Fernando en cuanto acabó de comer se encaminó al potrero, que es su paseo diario: no encontrô, por supuesto, á Eulalio: preguntó por él: nadie le supo dar razon; y como era natural le cogió de nuevo su falta y echó á buscarle. No tuvo mucho que andar: mano á mano y descuidado le encontró en gran conversacion con Campana, que le palpita la lengua por hablar.—A—
quí tienes toda la historia.

“Se me parte el corazon no mas que de acordarme de las súplicas y de los sollozos del infeliz guardiero. ¿Pero qué podía hacer, pobre de mí, en su favor, cuando hace algun tiempo noto el desvío con que me mira Fernando, no obstante el cariño y la finura con que yo le trato..? y Fernando que es administrador, mayoral, amo y todo de la finca, y de la casa? Ni qué ocasion era aquella para mediar por el negro, si no tenía ánimo siquiera para esplicarme? De qué valdría tambien mi intercesion, en el supuesto que mi hermano no estuviese prevenido contra mí, si le iban á castigar por un asunto que tan de cerca me tocaba, y en el cual yo no podría mostrar la cara, sin poner mi causa de peor condicion, y esponerme al temible enojo de papá y á sufrir los sermones de mamá, que tan pesarosa se halla por culpa mia? ¡Ay! Alfonso de mi alma! Tu no eres capaz de concebir ni de imaginar siquiera, cuanto he sufrido ni cuantas lágrimas he derramado de ayer acá. Me duelen los ojos y el pecho de llorar y de gemir. ¡Qué dulce me es tu memoria, si me escribes y me amas! pero qué amarga, amigo mio, si me impiden escribirte y decirte que te quiero con todo mi corazon! ¿Porqué quieren separarme de tí?—¿Acaso tu eres feo, de mala índole..? Creen que mientes, cuando te turbas y deliras y se te quieren salir los ojos del casco para decirme que me amas? Qué mas deseo yo? Qué desea mi familia..? ¡Ah! empiezo á comprender... Desean que me muera; que tu fueses... pero no: perdóname, yo soy demasiado débil, como mas de una vez te he dicho, y tu sabes mucho y tus ojos ven horrores y tu imaginacion se estravía y encuentras malicia y doblez, y que sé yo, donde mi mente no halla otra cosa que preocupacion de familia, errores de la humana naturaleza.—Sigamos el hilo de mi carta.

“Entre tanto hacía estas tristes reflexiones, Campana echado de pechos en el suelo, besándome los piés y el ruedo del vestido, me pedía le libertara del castigo con que le amenazaban. Yo permanecía apoyada la frente y el hombro en el tronco de una caña, irresoluta, sin oir ni ver otra cosa que mi desgracia. Mas de repente la poderosa voz de mi hermano que gritaba por Campana, haciendo conmover los bambúes, me sacó desfavorida de mi letargo; diome un vuelco el corazon, abrí los ojos, pegué un salto, y eché á correr, sin que fuesen bastantes á contenerme las huesosas manos del guardiero, ni de todo el mundo. Entrando en mi cuarto, caí sin aliento, desvanecida,

sobre la cama. Mis hermanas llegaron un poco después, que habían estado aguardándome inútilmente; pero viendo que no parecía, no obstante haberme voceado, y que por otra parte se acercaba la noche, se figuraron, (en particular Catalina, según me lo refirió la mulata,) que me había *huido*. Me sorprendió tanto esta espresion, y en boca de Catalina, cuanto que yo creía que ella estaba ignorante de que conservase relaciones contigo; porqué ¿á qué quieres que atribuya el que le ocurriese que me había huido? palabra que de pronunciarla no mas se me cae la cara de vergüenza. Al principio me persuadí que sería mala inteligencia ó embuste suyo, y se lo pregunté por segunda vez, no dándole á entender (á mi juicio) que me sorprendía y molestaba. Ella me lo juró haciéndome cruces con los diez dedos de las manos, y con cierta risita, como si le hiciese mucha gracia la palabra con que se había calificado mi desaparicion: debo creer que porqué no veía el veneno que encerraba, que á distinguirle, estoy cierta que no se hubiera reído, pues tengo sobradas pruebas de su afecto. Aun hablábamos sobre el particular, cuando sentí la voz de Catalina que se adelantaba á mi cuarto, ignorante quizá de que yo estuviese dentro, porqué de las palabras que soltó antes de salvar el quicio, tales como:—¿donde se habrá metido la moñigata? que será de ella? ¡vaya que Josefa es original!—no se infiere otra cosa. Pero apenas me descubrieron, medio arrebuñada entre las sábanas de la cama, vueltos los ojos hacia la pared, postura que adopté para ocultarles mas fácilmente mi dolor y mis lágrimas, que empezaron á decir con maligna sonrisa y fingida sorpresa:—“¡Aquí está, aquí está la perdida!”

“Parecióme que si me veían los ojos y la frente, habían de dar al momento con el motivo de mi pesadumbre, y no creer en mi voz que les aseguraba que me sentía indispuesta, y todo mi empeño se redujo á taparme la cabeza, y á decirles que me dejaran descansar un momento, á ver si el sueño me aliviaba, porqué las preguntas de Catalina sobre mi repentina desaparicion de los caimitos, me ponían en grande apuro. Por fortuna, parece que mis respuestas la satisficieron, pues llamando á Rosa, ambas salieron al instante de mi cuarto. No así Inés, que ya por cariño, ya por incredulidad natural en su carácter quizo saber lo que me dolía, y se sentó en la barra del catre; aunque aburrida quizá de no obtener mejor respuesta, al cabo me abandonó como las otras. Faltaban mamá y papá, que ya

había vuelto de S. Antonio; y solo de pensarlo me entraban calofrios: mamá me dió una porcion de besos, me puso cabezales de aguardiente quemado, aconsejándome que procurara dormir, y me dejó luego que me creyó mas tranquila, y atribuyó mi indisposicion al calor y á la sofocacion del paseo que habíamos dado. Papá ó no quiso verme, ó le dijeron que mi mal no era de consecuencia, lo cierto es que no entró. La llegada al oscurecer de Fernando, cuya voz me resonó en el corazon desde lejos, descubrió todo el misterio, levantó la casa en peso contra mi. Apenas puso los piés aquí, enseñó mi carta á papá y á mamita, los cuales se habían sentado en el comedor de la calle á tomar fresco.—Dijo que la había arrancado de manos de Eulalio: que Campana era el principal ¡infeliz! que está inocente de todo!) encubridor, y que daba y recibía mi correspondencia contigo: que yo no cesaba de ir y venir al bohío; ¡qué mentira!) pues parece que no me confiaba del todo en los criados; y por último, que era preciso castigar con el mayor rigor á estos, y poner los medios posibles hasta conseguir que ni tu supieses de mí, ni yo de tí. Todo esto lo supe de boca de la mulata á quien mandé para que oyera y observara, pues no me sentía con valor de levantarme, y de escuchar. Papá se puso furioso: levántose lleno de cólera en ánimo de matarme, segun sus palabras, pero mamá con lágrimas y ruegos logró calmarle y le obligó á sentarse. A la bulla acudieron Catalina, Rosa é Inés, las que se impusieron de todo en el instante, poniéndose las dos primeras señaladamente de parte de papá. ¿Lo creerás, Alfonso mio? Catana, á quien yo he respetado tanto, la que se puede decir que me crió, y á la cual he conservado siempre el cariño de madre, no de hermana; no te quede la menor duda, Catana es mi mas encarnizada enemiga ¿Qué le has hecho tú para tanto odio? ¡Ah! Yo me confundo. Apenas doy crédito á aquello mismo que veo y toco.

“De claro en claro me pasé la noche. Gran parte de ella sentí á la familia en acaloradísima conversacion, que por la distancia de la sala donde se hallaban y por hablar todos á un tiempo, no me fué posible imponerme bien, aunque no se necesitaba de mucha perspicacia de talento para conocer que no se trataba de otra cosa que de tí y de mí. Vino el día, que fué mi deseo toda la noche, mas así que sus primeros reflejos se introdujeron por las rendijas del cuarto y alumbraron mi

rostro y mi situacion, disipando al mismo tiempo las tinieblas del sueño, que fué á lo que atribuí todo cuanto me había sucedido y estaba sucediendo, me eché á llorar de nuevo.

“La hora del almuerzo llegó, y aun permanecí en la cama. Le mandé á decir á mamá con la mulata que me dispensase la falta de asistencia á la mesa, porqué me sentía mala, y que seguramente no podría pasar bocado sin esponerme á mas serias consecuencias. En efecto, no he tenido el dia bueno. Lo que mas me ha afligido y postrado, ha sido la idea, para mi siempre horrorosa, de que tanto mis padres como mis hermanas me abandonasen á mi destino; pues en toda la mañana no vi mas cara amiga que la de la mulata, con la cual me enviaron el almuerzo y la comida. Por la tardecita, empero, se me apareció Inés, con los ojos irritados de llorar, la abracé con la mayor ternura; y juntas y estrechadas me significó con obras y palabras su cariño y las simpatías que despertaba en su corazon mi desgracia: yo reconociendo en ella á una amiga tierna, la única tal vez que me queda en el mundo cuando son tantos mis hermanas y hermanos, desahugué el pecho llorando sobre el suyo y al cabo sentí un pasajero alivio; pero no mas que un pasajero alivio, Alfonso, porqué antes de dejarme me dijo: que había venido á verme por orden de Fernando (aunque le encargaron que no me lo declarase:) que se trataba de enviarme á la Habana si no cumplía mi juramento, de no seguir en tus amores ni escribirte mas: que de ningun modo debía esperar que se doblasen ante mi temerario empeño, porqué si hasta allí nada habían conseguido con halagos y blandura, sabrían hacerse obedecer con la fuerza y el rigor. — Por último, continuó Inés apretándome en sus brazos, y disponiéndose para salir, no te canses, Josefa, es preciso que abandones á Alfonso ó te prevengas á sufrir toda la cólera de papá y el odio de la familia. Tú no sabes cuanto se han mortificado leyendo tu carta. Yo me propuse al principio defenderte, y aun lo ejecuté; pero me cayeron todos y me anonadaron. Mamá, cuando se habla de tí agacha la cabeza: papá se muerde los labios, junta las cejas y fija los ojos mucho: Fernando se pasea á lo largo de la sala: Catalina no cesa de hablar; y Rosa cantando y tocando en el piano, forman cada uno y todos juntos una algarabía y una bulla que me sofoca y aburre. Por Dios, Josefa, mi querer, mira si puedes dar gusto á mamá, olvidando

á Alfonso.—¿Qué dices, Josefa? añadió luego sacudiéndome dulcemente, notando que yo permanecía callada.

—“¿Y tú, Inés, que amas y eres correspondida, tú me aconsejas que olvide...? las lágrimas no me dejaron proseguir.

—“Vamos, china, que no sea olvido, porque tal vez tu no podrás, pero al menos no le escribas por algun tiempo.

—“¿Con qué, qué no le escriba, eh? Y te parece cosa muy fácil y hacedera? Y quién convence á Alfonso de que no me he muerto, que no me han matado, ni arrancado de aquí, ni puesto un mundo entre su corazon y el mio? ¡Ay Inés! Tu puedes ver todos los dias al objeto de tu amor, él te puede ver á tí cada hora y cuando le parece: yo no, ni él á mí, ni de dia ni de noche...!

—“No seas boba, me dijo al fin; yo me empeñaré con Eugenio que ha de venir esta noche, para que le hable en tu nombre á Alfonso y le pinte las dificultades que se oponen á tus relaciones con él, la determinacion de la familia si continuas, el descubrimiento de la correspondencia de vds. por Fernando; y que le aconseje que se tranquilice y te deje tranquila, por algunos dias, si te ama como pondera, hasta ver si se aplaca el furor de todos. ¿Quieres mas?... Josefa, es necesario que alguna vez te llesves de mis consejos, que te quiero tanto. No dudes que Eugenio hará por mí y por tí todo aquello que esté de su parte. Para mas satisfaccion tuya, luego que venga, haré que pase á verte, y tú misma le puedes hablar y decirle cuanto desees obre en tu favor. ¡A Dios! que me llaman;— y me dejó.

“¡Y me dejó, Alfonso! en manos de mi dolor, sin defensa, apoyo, ni guia que me sacase de aquella confusion y de aquellos horrores en que me hallaba metida! Y Eugenio no pasó á verme por mas que le estuve esperando toda la santa tarde y parte de la noche; por mas que le recordé á Inés, con la multa, la palabra que me había dado de traerle á mi presencia en cuanto llegara! Me negaron que estuvo, aunque estoy creida que escuché su voz como á las ocho. Le he repetido á Inés que tengo deseos de ver á Eugenio y de hablarle: quizá por este empeño y esta ansia que nuestro, le han prohibido que me vea, ó ella estará arrepentida de la promesa que me hizo, por temor de comprometerle con la familia. ¿Quién sabe? Sin embargo, yo le espero y le esperaré toda mi vida. El alma me dice que Eugenio hade ser el áncora de nuestra salvacion. Mi

intencion no es otra que suplicarle te lleve esta carta, y que te asegure de mi amor hasta la tumba...!

—“Ruega á Dios que venga. ¡Oh! él no me puede desairar: tiene tan buen corazon.... es tan caballero...! La cabeza se me cae sobre la almohada, Alfonso: me duele el pecho, la espalda... todo el cuerpo...! A Dios!

“Tú me enseñaste á escribir, á pensar, y á querer: tú te has abierto paso hasta mi corazon al través de mis juegos de inocente á fuerza de amor y de ternura: tuyo es mi albedrío... en tí irá á confundirse la existencia toda de—

JOSEFA G.



IMPRESIONES DEL NIÁGARA.



—¡Qué voz humana describir podría
De la sirta rugiente
La aterradora faz!”

HEREDIA.

9 de julio de 1837.

....Llegamos á *Búffalo* á las cinco de la mañana. Algunas millas antes de la ciudad se descubre el lago y el rio Niágara, este corriendo manso y sereno, y el otro presentando la apariencia de un mar. Lo que me asombró en Búffalo fué ver los muelles tan poblados de buques de todas clases, como un puerto, á tanta distancia del mar; hermosísimos barcos de vapor y todo el aspecto de un puerto del Océano. Hoy sin embargo no se percibe bullicio ni movimiento en los muelles, por ser domingo.

Puesto mi equipaje en un *hótel* (posada) fuí con un amigo á ver el famoso barco de vapor *Munroe*, de 750 toneladas, con todas las comodidades apetecibles para trescientos y mas pasajeros. Es magnífico y tiene las convenientes separaciones de cuartos para señoras, para hombres, salas de comer, salones, gabinetes

tes, biblioteca &c. &c.: me parecía un palacio navegando. Hace viajes á *Detroit*, y está construido con el mayor gusto, solidez y esmero. Vimos otros, pero ninguno tan hermoso ni tan grande.

Paseamos diversas calles de las principales y me agradó mucho la ciudad: aquellas eran muy anchas, buenas posadas, ricos almacenes, suntuosos edificios de piedra y ladrillo, que parecerían bien hasta en la misma Nueva York.

Después de almorzar me proporcioné mi *ticket* (billete) para seguir al Niágara aquel mismo día. Me costó el billete 6 reales por 22 millas, y habiendo dado las nueve, tomé mi asiento en un coche. Tuve la desgracia de que en este iba también un molinero constipado, que tenía una tos, y estornudos muy molestos, y cada vez que estornudaba levantaba de su ropa una nube de harina que nos cegaba, y nos hacía estornudar á todos. El camino de hierro está bastante mal hecho, de manera que tardamos tres horas antes de llegar al Niágara.... Apenas estuve en la posada, pedí un cuarto, y después de dejar en él mi equipaje, me fuí en busca de la catarata: llegué á orillas del río, donde sentía el ruido, pero no ví nada; pues como peregrino en aquel sitio, ignoraba el sendero que me había de conducir al punto mejor para verla. A fuerza de preguntas supe que era *Goat-Island*: atravesé el puente que divide esta isleta de la tierra firme y está hecho sobre los *rápidos*: llegué á una linda casita de tablas, entré, puse mi nombre en el libro de registros, pagué una peseta, y guiado por las tablitas que se encuentran en *Goat-Island* de trecho en trecho, seguí mi camino hasta la escalera de *Biddle*.

Antes de ir á ella, me dirigí á la orilla y gocé algo de la bella vista de la *Herradura*, que es uno de los aspectos de la catarata. Llegué á la escalera, y ya la *Herradura* me presentaba otro aspecto mas triste é imponente: bajé; y sin mas guía que el vehemente deseo de ver la magnificencia de esta maravilla, tomé una estrecha vereda que corre á lo largo de la escarpada márgen, y no paré hasta encontrarme bajo las aguas de una parte de la *caída americana*. Allí, bañado por sus vapores comencé á sentir un estremecimiento involuntario....

El querer pintar lo que espermenté en aquel momento me sería imposible; solo sé que permanecí absorto, estático, sin saber ni si pensaba en algo, sobrecogido de un pavor sublime, abrumado por el cúmulo de ideas, que cual relámpagos

cruzaban mi imaginacion. En este estado buscaba belleza, buscaba sublimidad, buscaba grandiosidad, y nada veía: solo sentía una pesada mano que abrumaba todas mis potencias. Contribuía á este parasismo intelectual el ruido atronador, que al despeñarse delante de mí formaban las aguas: recobrado de esta primera impresion, y vuelto en mis sentidos, quedé largo tiempo con la vista fija en el círculo que describen aquellas al caer, no sabiendo qué admirar mas, si el estruendo, el choque que hacen contra las peñas, ó los mil colores que al través de sus cristales refleja el sol.

Seguí el sendero; mas á pocos pasos tuve que detenerme, pues allí concluía, y me hubiera precipitado en el abismo. Salí de bajo de aquella húmeda techumbre, mojado enteramente, y me paré á contemplar ambas caídas, que desde aquí, y bajo las imponentes suspendidas peñas que cuelgan sobre esta áspera orilla, ofrecen una vista regular de las cataratas para el que por primera vez pisa este sitio encantador; pero ¡cuán débil en comparacion de la que se goza después! Volví á subir la escalera, y atravesando de nuevo á *Goat-Island*, me dirigí á la posada á reponerme un poco del esfuerzo que había hecho mi mente para concebir, apreciar, y gozar de la magnificencia que había presenciado. Era hora de comer; y apenas hube concluido, y con mejores informes, me fuí esta vez al otro lado de *Goat-Island*, donde hay un puente sobre los furiosos rápidos, y al extremo de aquel una torre de piedra, desde cuya cima se domina toda la *Herradura*, y la caída del lado americano.

Yo me había figurado que no podría gozar de una sensacion mas grande, mas sublime, que la que tuve bajo las rocas de la *caída americana*, pero ¡cuánto me engañé! Llegado á lo alto de la torre, y ya algo recobrado del secreto pavor de cruzar los rápidos por tan frágil puente, tendí la vista sobre la *Herradura*, y ví un océano precipitándose de una inmensa altura á un abismo profundo: las aguas en su descenso se rompen en mil trozos de blanca espuma, lanzando rugidos tremendos al caer en el hondo golfo; chocan contra las peñas del fondo, y levántanse de él mil nubes de vapores, que dividiéndose en formas distintas, se elevan al cielo. El estrépito del despeño retumba cual el trueno; en el choque resurten turbulentas espumas de líquida nieve, que contrastando con el verde-mar que tienen las aguas antes de despeñarse, y los bellos colores del iris, sorprenden y abisman. Luego corre con magestuosa

tranquilidad en una planicie verde que parece de cristal, y sigue su curso manso y apacible. Lo mas bello de esta caída es el arco-iris que la decora, á manera de una corona espléndida de púrpura y de oro, — corona inmortal que el sol coloca en las sienes del torrente, al salir del seno de las aguas; arco brillante mas vivífico y esplendoroso entonces que cuando se mira en el firmamento; aureola de gloria y magestad, digna mas que ninguna, de aquel monarca de la naturaleza, que se la ciñe, no para oprimir á los hombres, sino para elevarlos á la contemplacion y conocimiento de su divino autor.

Todo es magnífico en el Niágara. Mírase á veces al rey de los aires, el águila caudal, cernerse en su cima, como pagando el tributo y rindiendo el homenaje que no le niega el mismo sol, y después de mil giros entorno de sus turbulentas aguas, se remonta y se pierde por el azul de los cielos. Suele á veces robusta encina, arrancada de su nativo suelo, ser arrastrada por la corriente hasta el borde del precipicio: furioso se apodera de ella el Niágara, y con pujante fuerza la destroza, y la lanza convertida en menudos fragmentos al despeñadero.

Dos largas horas permanecí en la torre en muda contemplacion de esta maravilla, durante cuyo tiempo hervían en mi mente mil ideas sublimes. Transportada en alas del pensamiento, mi imaginacion vagaba por regiones desconocidas, recorriendo un vasto campo sembrado de brillantes delirios, de ilusiones deliciosas: olvidado enteramente de lo pasado, aspiraba á sorprender los secretos del Criador; á adivinar los arcanos de la naturaleza. Ofrecíase me á la fantasía un mundo ideal, poblado de misteriosos é incógnitos encantos, de placeres ignorados; y el alma luchando entre tan deslumbradoras concepciones, pretendía romper el velo de la eternidad y penetrar por el tenebroso laberinto de los siglos venideros. El fin de nuestra existencia, con todos los esplendentes atributos de la inmortalidad, se fijaba en mi espíritu, acompañado de un deleite celestial, y tan intenso, que hubiera bendecido en aquel instante la mano que abriéndome la tumba, me hubiera abierto con ella paso á gozar de toda la delicia en que mi imaginacion acalorada andaba vagando.

Mas en vano intento describir con palabras el delicioso arrobo que en aquel momento sentí. Si alguna vez quise ser poeta, fué en presencia del Niágara, porque solo el alma de un poeta es capaz de concebir y apreciar sus bellezas, y solo

al lenguaje de la poesía considero digno de pintar las emociones é ideas que despierta su contemplacion.— Divino *Heredia!* ¿quién que no ha visto el Niágara es bastante á conocer los infinitos primores que encierra cada palabra de tu oda á esta estupenda maravilla? Quién, teniéndola delante, y recordando tus sublimes versos, no te aclama *poeta* por antonomasia? Yo confieso que varias veces, viéndome incapaz de espresar en el lenguaje de los dioses los conceptos é inspiraciones que en mí suscitó el Niágara, recitaba tus versos con tanta satisfaccion y delicia como si fueran míos, y ¡cuánto no hubiera dado en aquel momento porqué lo hubiesen sido! todo el orbe, si mio fuera. Antes de visitar estos lugares venturosos gusté de tus versos, admiré sus perfecciones, sentí su armonía, su música divina; pero después que el destino me trajo á la maravilla americana, comprendí todo el entusiasmo de tu alma apasionada y sublime, y aquellos brillantes conceptos de que tú solo eres capaz, aquellos pensamientos é imágenes que solo nacen en la fantasía del Poeta cubano. Vive venturoso, Cantor único del Niágara, y huyan siempre de tu lado las miserias que acosan sin cesar al hombre, y nunca mas esperimenteras las amarguras que cercan al desterrado en estrangero clima: baja feliz al sepulcro (que tardía suene esa hora!) que tu memoria vivirá, mientras vivan las *deliciosas palmas* que recordaste en las orillas del Niágara.

Bajé de la torre, y me dirigí al punto donde se cruza el rio en un ligero botecillo. Me embarqué en él, después de haber bajado la escalera puesta al pié de las pendientes rocas, y de pagar, por decontado, un real y medio. Parece al principio peligrosa esta travesía en tan leve barquichuelo; pero es muy segura, aunque el bote sacudido por las olas del canal, se trueca por un instante en juguete de ellas, y apura las fuerzas del remador. Una de las mas pasmosas vistas de las cataratas se logra cuando en medio del rio, dirige uno los ojos hacia ellas. Yo, olvidado absolutamente del peligro que pudiera haber, fijé la vista, ya en una, ya en otra catarata, y de ellas no la separé hasta que no llegamos á la opuesta orilla. No hay un instante mas conmovedor que aquel en que se observan desde el bote las gigantescas cascadas:—pero vamos á la *orilla-inglesa*, que aun hay mucho que gozar.

Subimos la larga y fatigosa cuesta por un camino carretero que han practicado orillando las rocas, y entré en *Clifton*

Cottage, que es una casita para refrescos, y posada al mismo tiempo, y que domina ventajosamente toda la catarata del lado americano. Necesario es, para contemplar en toda su grandeza el prodigio *americano*, trasladarse á otro pueblo, y verle á cierta distancia, lo cual he observado á menudo que sucede con la *nacion americana*, que gana mucho en ser contemplada desde lejos.

Me agradó el aspecto agreste de *Clifton Cottage*, y mucho mas las sillas y camapces que hay en el portal, fabricados de ramas de árboles sin labrar, sin que por eso dejen de tener todas las vueltas de espaldas, brazos y asientos naturales, ni dejen de ser muy cómodos.... Entré en otra casita, titulada por su dueño *Oficina de registros del Niágara*. En una sala á la izquierda hay una mesa donde se encuentran los libros en que se inscriben los nombres de los visitantes, y varios *albums*, donde cada uno escribe lo que se le ocurre de las cataratas. He visto allí varias composiciones en inglés y francés buenas; pero da una idea muy triste de la condicion del hombre, el ver que haya almas tan ruines, y de tan ruines sentimientos, que sean capaces, bajo la influencia del Niágara y su sublimidad, de escribir tantas necedades, desatinos, y hasta insolencias y porquerías, como la mayor parte de las que ensucian estas páginas. Un pensamiento bajo, en los contornos del Niágara es una herejía.

Salí de la *Oficina de registros* y me encaminé á *Table-Rock*, desde donde se ve toda la magnificencia, toda la magestad, todo el bello horror de la *Herradura*. Lo que llamaban antes *Table-Rock*, era una meseta prolongada que colgaba sobre el abismo muchas varas; pero se despeñó el año pasado con grande estrépito pocos momentos después de haberla dejado una partida de señoras, que habían estado sobre ella. Aun le queda el nombre á aquel punto, que á mi modo de ver, es seguramente el mejor para contemplar á la par ambas caídas.

La del lado americano en cualquiera otra region de la tierra puede pasar por una maravilla; pero ¿quién que dirija la vista desde este sitio á la *Herradura*, desea volverla á la *Americana*? De aquí se dominan los rápidos desde su principio; se les vé venir agitados y turbulentos, levantando espumas como el mar azotado por el huracan; se les sigue en su curso irritado; se les acompaña al precipicio, y un pavor horrendo se apodera del espectador al ver la llegada al despeñadero,—al

ver cual se lanza al abismo, rompiéndose en mil caprichosos cortinajes de alabastro, dando atrevidos saltos la *nivosa espuma*, y formando juegos de agua tan sorprendentes como variados: la voz del trueno acompaña su caída; y la masa de aguas que se precipita es tan inmensa, que en vano intenta el hombre calcular su volúmen. Es un océano que se despeña en los abismos de la eternidad;—tal es la idea que se concibe, pues la mente teme hasta mirar y calcular donde se esconde tanta inmensidad de agua. Un secreto estremecimiento me dominó, cuando dirigiendo la vista al fondo del abismo, ví el golfo profundo que recibe en su seno todo el caudal de aquellos inconmensurables lagos, que en este punto se juntan para perderse en las ocultas entrañas de la tierra. Esfuerzo extraordinario es el que hace el entendimiento para concebir, para abarcar la idea de la reunion de tantos mares, luchando furiosos por abrir paso á sus imponderables aguas.

Prefiero por todos títulos esta vista, porqué en las demás es verdad que hay bellezas, encantos, magnificencia; mas en esta se reunen, fuera de aquellas sensaciones, las de sublimidad y un horror magestuoso y profundo. Aquí fué sin duda donde nuestro insigne poeta exclamó:—

“Torrente prodigioso, calma, acalla
 Tu trueno aterrador: disipa un tanto
 Las tinieblas que en torno te circundan,
 Y déjame mirar tu faz serena...”

y donde el entusiasmo de su alma ardiente le hizo prorrumpir en unos acentos tan magníficos como el mismo Niágara. Las sensaciones apacibles y melancólicas las experimentaría en el lado americano: mas en este es donde verdaderamente se ve que el Niágara tiene un altar, un trono excelso, con imponentes rocas por dosel, el iris por corona, espumas blanquísimas mas que el alabastro, y aguas turbulentas y agitadas por ornamento; sirviéndole de incienso las nubes de vapores que se elevan hasta el cielo, y que parece que arden ante la magestuosa presencia de la divinidad de aquel sitio, cuya voz es el trueno, y su pedestal un golfo de hirviente leche.

Aconsejo á los que visiten estos lugares, que no pierdan por ningun motivo la vista del Niágara desde este punto: digo Niágara, porqué este es el verdadero Niágara, pues la *caída*

americana no es sino una débil imitacion de la de la *Herradura*. Aconsejo tambien á los amantes de lo bello, que visiten este punto una noche de luna, pues aunque la belleza entonces es mas apacible, es tambien mas pintoresca, y hace vibrar las cuerdas mas delicadas del alma, y las sensaciones mas dulces del corazon. En mí suscitó el grato recuerdo de la patria, la memoria de los primeros amores de la juventud, acompañados de sus mágicos prestigios, de sus caricias, de sus lágrimas, y de todo el triste, pero siempre agradable encanto de semejantes reminiscencias. La luna les presta un deleite peculiar, y como que suaviza con su dulce y melancólica lumbre las agitaciones borrascosas de una alma ardiente y apasionada. Jamás lo espermenté en tanto grado, ni con tanta delicia, como cuando á orillas del Niágara, alumbrado por la mórbida luna del Norte, veía descender las aguas cual lluvia impetuosa de diamantes, al través del pálido iris que la circunda.... Entonces me acordé de mi tierra, de mi adorada, de mi deliciosa Cuba,—mas no ya con aquellas emociones enérgicas y tormentosas del dia, á la luz vivificante y deslumbradora del sol... solo me acordaba de mi hogar doméstico, de mis mocedades, de mis amigos, en fin, de cosas halagüeñas, de la vida sin sus dolores y quebrantos.... El que quiera gozar de momentos tan venturosos, vaya á Cuba, y en solitaria campiña, dé el alma á la meditación á la hora del crepúsculo de la tarde; ó venga al Niágara, y á la luz de la luna contemple la *Herradura* desde *Table-Rock*: se entiende que esto lo propongo á un hombre virtuoso, porque el perverso á quien devoran el alma los remordimientos, encontrará un infierno en cualquiera de las situaciones que propongo.

Después que pasé toda la tarde en este lugar, volví á la *Oficina de Registros*, donde se proporcionan vestidos de hule para pasar por debajo de la caída de la *Herradura*. Aunque me fué molesto el desnudarme, sin embargo me encapillé mi encerado, y con un guia empecé á andar por debajo de las aguas, no sin cierto horror y miedo al principio, que luego se desvaneció, al ver que no había peligro.—Han corrido una barranda á lo largo de la vereda, y no hay temor de caer al golfo: el único peligro que hay es el de que se descuelgue una de las peñas sobre que se precipita la *Herradura*. Esta expedicion no tiene á su favor mas que el gusto de poder decir "*estuve bajo las aguas del Niágara*" porque allí nada se puede ver á causa

de la lluvia, que empapa y apenas deja abrir á uno los ojos; sin embargo, es imponente la situacion en que se está allí, debajo de voluminosas peñas por un lado, y por otro debajo de un mar que se precipita describiendo un gran círculo. Pero el estrépito que allí se oye es horrísono;—le comparé al que en las montañas del Cuzco, allá en Cuba, se escucha cuando feroz huracan, seguido del trueno y de la voz del rayo, va de cima en cima barriendo cedros y arrancando caobas, de ladera en ladera talando palmas y corpulentas ceibas, y haciendo rodar sus inmensas moles con horroroso estruendo al pié de las montañas, chocando con los otros árboles que encuentran en su paso, y arrastrándolos con impetuoso empuje hacia el abismo. Pues bien;—mas imponente aun es el ruido que aquí se oye, mas retumbante, mas bronco y profundo.

Estuvimos allí un rato, y salimos ensordecidos, y mojados además; y volviendo á cruzar el rio, me fuí á la posada á descansar, sin embargo de que no había hecho ningun ejercicio; pero sentía el cerebro fatigado, y la cabeza desvanecida....

JOSE DE FRIAS.

AVISO CIENTÍFICO.

Nuevo antiséptico.

M. Hare, profesor de química en Filadelfia ha obtenido destilando la esencia de trementina con dos partes de alcohol y cuatro de ácido sulfúrico, un líquido, que saturado de amoníaco y purificado con otra destilacion, posee una cualidad antiséptica mayor que la de la creosota. Así una parte de leche mezclada con cuatro de una disolucion acuosa de la esencia sulfatada de trementina, permanece dulce y líquida después de cinco dias, mientras otra parte de la misma leche se aceda en 24 horas. Dos gotas de dicho aceite vertidas en un litro de leche, impiden su coagulacion por 9 dias, y aunque al fin se hace boruga, no se corrompe en un mes. De igual modo se conservan durante muchos meses los pedazos de carne. Otras muchas esencias dan un producto análogo con el mismo método.

Ayuntamiento-de Madrid